



buen viaje, mister Kissinger

SILVER KANE



SS

SERVICIO SECRETO



SILVER KANE

**BUEN VIAJE,
MISTER KISSINGER**

Colección **SERVICIO SECRETO** n.º 1.217

Publicación semanal

Aparece los **MIÉRCOLES**



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA - BOGOTÁ - BUENOS AIRES - CARACAS - MÉXICO

Depósito legal: B. 38.826 - 1973

ISBN 84-02-02513-7

Impreso en España - Printed in Spain

1.ª edición: diciembre, 1973

© SILVER KANE - 1973

texto

© JORGE NUÑEZ - 1973

cubierta

Concedidos derechos exclusivos a favor
de EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
Mora la Nueva, 2. Barcelona (España)

Impreso en los Talleres Gráficos de Editorial Bruguera, S. A.
Mora la Nueva, 2 - Barcelona - 1973

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia

**OBRAS DEL MISMO AUTOR
PUBLICADAS POR ESTA EDITORIAL**

En Colección BISONTE SERIE ROJA:

1.319 - El *sheriff* y las viejecitas.

En Colección SERVICIO SECRETO:

1.184 - La vuelta al mundo en ochenta muertos.

En Colección SALVAJE TEXAS:

736 - Infierno: capital, Dodge City.

En Colección KANSAS:

666 - Un buitre llamado Cox.

En Colección BÚFALO SERIE ROJA:

1.014 - Demasiadas faldas en Wichita.

En Colección ASES DEL OESTE:

502 - Ni más ni menos que un hombre.

En Colección BRAVO OESTE:

673 - Sociedad de pistoleros.

En Colección COLORADO:

637 - Jinetes de medianoche.

En Colección CALIFORNIA:

751 - Todos esperaban la muerte.

En Colección PUNTO ROJO:

594 - Entierro para un *gangster*.

En Colección HÉROES DE LA PRADERA:

205 - El buscador de tumbas.

En Colección BISONTE SERIE AZUL:

78 - Mariposas negras.

En Colección BÚFALO SERIE AZUL:

15 - Un «Colt», una mujer y un diablo.

CAPÍTULO PRIMERO

Toda aquella condenada historia comenzó poco antes de que el presidente Nixon visitara Pekín, situando las relaciones con el Este en un plano de concordia que años antes no se hubiera podido ni soñar. El viaje presidencial a la capital de China comunista, y su entrevista con Mao, cambiaría muchas cosas, pero los hombres que estaban situando aquella elegante casa cerca de la playa, al sur de Jamaica Bay, no podían sospecharlo siquiera. Para ellos, el asunto en que estaban ocupados tenía un cariz completamente distinto. Ninguno de ellos pensaba en China, sino en Estados Unidos. Del mismo modo que el viaje de Nixon cambiaría por completo las relaciones internacionales, el trabajo que ellos estaban realizando ahora cambiaría por completo la faz de su país.

El agente especial Clarkson era el que dirigía aquella operación. Dos años de búsquedas, de investigaciones, de angustias, le habían llevado a este momento supremo. Dos años de pisar muertos le habían conducido a esta zona de Jamaica Bay, donde iba a terminar una de las más sucias aventuras de la historia de Estados Unidos.

Miró al tirador especial Taler.

Taler era un hombre capaz de clavar una bala en las narices de una mosca, a mil doscientas yardas. Tenía ahora, además, entre las manos un fusil olímpico, un arma de fantástica precisión, que parecía haber sido montada por las manos de un joyero. Cuando se arrastró hacia Clarkson, pasando por detrás del parapeto de coches, Clarkson se dio cuenta de que el asunto estaba resuelto al fin.

—Has tardado mucho, Taler —masculló, sin manifestar la menor alegría.

—Acaban de avisarme, señor. Por lo visto, las líneas telefónicas están cortadas.

—Es culpa nuestra —reconoció Clarkson—. Lo hemos hecho para que esa gente no pueda pedir auxilio ni explicar a nadie lo que

pasa.

—Es eso lo que justifica mi retraso, señor, pero de un modo u otro ya estoy aquí. ¿Quién está encerrado en esa casa?

—Miller.

Taler palideció.

—¿Miller? —preguntó con una mueca de incredulidad.

—Sí... El poderoso, el inaprensible, el inatacable Miller —dijo Clarkson, con una mueca sarcástica—. El propietario de grandes sociedades, de Bancos, de fondos de inversión, de hoteles en Florida y de ranchos en el Oeste. Un multimillonario que parecía inatacable, pero que, por fin, ha caído en la ratonera.

Taler se parapetó detrás de uno de los coches.

La escena era idéntica a esas que se ven en las películas de acción, cuando un grupo de *gangsters* es acorralado por la policía, sólo que aquí, en la realidad, no resultaba tan limpia y tan aséptica. En el cine y en la televisión, las detonaciones se oyen como en sordina, y los gangsters mueren en unos segundos, sin escandalizar, mientras que aquí los tiros ensordecían realmente, y los moribundos lanzaban unos terribles aullidos en el momento de ser retirados de la zona de fuego. Varios agentes especiales de la brigada antidrogas habían caído ya bajo el fuego implacable de los defensores de la casa. Desde que en Estados Unidos no existe la pena de muerte, ningún delincuente se entrega. Como lo mismo le importa matar a un policía que a diez, porque, después de todo, a él no le van a quitar la vida, agota todas sus posibilidades de huida, y sólo se rinde cuando no le quedan balas. Entonces, en muchos casos, lo hace con una sonrisa sardónica.

A los defensores de la casa les ocurría eso.

Tiraban a matar.

Y eran gente entrenada, de modo que habían hecho una auténtica escabechina entre los agentes especiales. Sólo la llegada de un hombre como Taler podía cambiar un poco las cosas.

Desde detrás de uno de los coches, que ya estaba acribillado a balazos, señaló la casa iluminada por los focos.

—Esta vez Miller no puede escapar —dijo—, porque no le valdría lo de la falta de pruebas. Hemos capturado en la puerta a un intermediario, que llevaba heroína por valor de doce millones de dólares. Hemos filmado la entrega. Miller sabe que esta vez ha

caído con todo el equipo, y por eso se defiende. Lo que ocurre es que no pensábamos que la casa estuviera tan bien guarnecida.

—¿Pertenece a Miller?

—Oficialmente, no. Oficialmente es alquilada. Pero supongo que es suya porque la ha convertido en una auténtica fortaleza.

Taler sonrió suavemente.

—Ése es asunto mío, señor —dijo.

Y apuntó hacia una de las ventanas.

Un tirador asomaba por allí, pero su figura resultaba tan lejana que parecía imposible batirle con armas normales. Sólo un tirador auténticamente de primera podía cazarlo. Taler lo era y, además, no necesitaba la luz de los focos para matar.

—Haga que iluminen hacia otro sitio —dijo—. Así ese tirador se confiará.

—Pero ¿no necesita luz, Taler?

—Mi fusil está dotado de rayos infrarrojos.

Clarkson dio una orden, y los focos se dirigieron hacia otro lado de la casa. El tiroteo se concentró allí. Mientras tanto, Taler apuntaba hacia aquel punto aparentemente descuidado, hacia la ventana donde el tirador se movía cada vez con más audacia.

Taler disparó una sola vez, y el hombre quedó doblado sobre el alféizar. Alguien apareció entonces a su lado para sustituirle.

Taler movió un poco el rifle.

Apenas nada.

Disparó de nuevo él, y el hombre que había tratado de sustituir al primer tirador se fue también volando al valle de Josafat. Por aquel lado de la casa, la defensa quedó notablemente debilitada, de momento.

Clarkson decidió aprovechar la oportunidad.

Ordenó a sus agentes que avanzaran.

Éstos, empleando metralletas y batiendo el terreno por completo, llegaron hasta las ventanas y empezaron a lanzar por ellas granadas de gas. Era muy posible que algunos defensores tuviesen caretas, pero no las tendrían todos. Mientras tanto, Taler había matado a dos hombres más, situados junto a la puerta.

La situación había cambiado en unos minutos.

Los defensores de la casa no esperaban aquellos disparos de mortal precisión. Todos se replegaron desordenadamente, mientras

los policías, con Clarkson a la cabeza, irrumpían por todas partes.

A partir de aquel momento, la lucha ya fue muy breve. Todos los pistoleros contratados por Miller cayeron abatidos o soltaron sus armas. El negocio más importante del país, el asunto que les había convertido en millonarios a todos, estaba diluyéndose como un puñado de sal se diluye en el agua.

El propio Miller sabía que todo estaba perdido.

Aguardó en su despacho, con las manos sobre la mesa para que todos vieran que no llevaba armas. Sabía que había perdido una batalla decisiva, pero al menos había salvado la piel. Y aún tenía muchas cosas que discutir por medio de sus abogados. Aún no lo había perdido todo.

El propio Clarkson le puso las esposas.

Con aquel gesto, aparentemente rutinario, el veterano federal justificaba su vida entera. Durante años, había tratado de acumular pruebas contra Miller, de llevarlo ante los tribunales, de acorralarlo legalmente, pero había fracasado, una y otra vez. Ahora, por fin.

Miller era suyo. Ahora el imperio de las drogas en Estados Unidos había terminado.

—Esta vez no podrás hablar de falta de pruebas ni acogerte a la enmienda quinta^[1] —murmuró—. Esta vez tu imperio ha caído, Miller. Lo único que lamento es que en el país esté ahora suspendida la pena de muerte.

El multimillonario, el hombre que había llenado de drogas el país entero y se había enriquecido con ellas hasta un extremo inconcebible años atrás, rió secamente. El cochino policía que le había puesto las esposas no era nadie a su lado. Cierto que las pruebas resultaban aplastantes en contra suya, pero la última batalla ante los tribunales aún tenía que librarse. Y nadie era capaz de jurar que Miller fuese a perderla.

Clarkson musitó:

—Te conduciré personalmente.

—¿Por qué ese empeño? Aún tiene mucho que ganar, Clarkson. No arruine su vida en cinco minutos.

—¿Tratas de sobornarme, perro? ¿Qué quieres decirme? ¿Qué me regalarás una casa como ésta, en el mejor sitio de Florida?

—Usted sabe que puedo hacerlo, Clarkson. Usted sabe que puedo hacer mucho más que eso. Cuando subamos a su coche, le

bastará dejarme escapar para convertirse en uno de los hombres más ricos del país. Usted sabe que eso es posible.

Clarkson se limitó a darle un puntapié.

No fue un puntapié demasiado noble.

Miller, el multimillonario, salió de allí dando saltitos, mientras se sujetaba con gestos de dolor una cosa situada al final de su bajo vientre.

Todos los defensores de la casa estaban siendo llevados a las ambulancias o a los coches celulares, según su estado. Pero Miller recibió un trato especial porque él era el gran sultán, él era el jefe del tráfico en todo el país. Fue Clarkson el que le metió en su coche patrullero, llevando dos hombres armados delante.

Salieron de Jamaica Bay.

Tomaron a poca velocidad la autopista que lleva a la parte central de Queens. Por ella, una vez atravesado todo el distrito y luego el Hudson, llegarían a Manhattan.

Miller iba con los ojos cerrados.

Se daba cuenta de que la situación era grave, pero aún trazaba algún desesperado plan. Aquella misma noche podría llamar a sus consejeros legales. Aún no estaba todo perdido para él.

Ignoraba que alguien a quien no conocía personalmente aún, había decidido que las cosas fueran distintas. Ignoraba que en aquel momento se producía en torno suyo algo que podía cambiar el mundo.

Todo dependía de un hombre alto, delgado, atlético, que estaba sentado junto al piloto de un helicóptero.

Todo dependía de él y de su rifle de gran precisión, tan perfecto como el que había manejado Taler.

CAPÍTULO II

El senador Crossman susurró:

—Allí. Aquél es el coche.

Que un miembro del Senado de Estados Unidos se dedicara a vigilar en helicóptero a la policía, no era tan extraño, después de todo. Una de las comisiones senatoriales tiene por misión prevenir abusos de las autoridades, y por eso sus miembros fiscalizan a veces en las brigadas y en los precintos. Pero que Crossman tuviera a su lado a uno de los mejores tiradores del país, a uno de los asesinos más expertos que existían en Estados Unidos, eso ya no era tan normal.

Crossman, sentado en el asiento posterior, señaló el vehículo que rodaba a no demasiada velocidad por la autopista.

—Ése es el coche de Clarkson —dijo—, y Miller va ahí. Seguro.

—¿No les habrá llamado la atención el helicóptero? —preguntó el piloto, con un cierto acento de preocupación.

—Seguro que sí. Seguro que lo han visto, pero creen que forma parte del servicio de vigilancia. En cinco minutos nos habrán olvidado.

Rodaron a poca altura sobre el mar, siguiendo aproximadamente la ruta de los aviones que van a aterrizar en el cercano aeropuerto Kennedy. El piloto y el senador vigilaban el coche para no perderlo de vista, pero el hombre del rifle de precisión miraba a otra parte.

—Allí —dijo, de pronto.

Había señalado un edificio de sólo dos pisos que se alzaba casi junto a la autopista. Tenía una azotea plana, y no había la menor iluminación en él, a no ser la que recibía de un anuncio cercano. Como el helicóptero se había adelantado, el coche del federal Clarkson tardaría unos cinco minutos en pasar por delante de la casa.

El senador Crossman musitó:

—¿Es buen sitio?

—No puedo elegir otro —contestó el hombre del rifle—. Más adelante ya nos meteríamos en el centro de la ciudad.

—Recuerda que no puedes fallar, Bentham.

Bentham sonrió.

—Déjenme en la azotea —se limitó a decir—. Lo demás es cuenta mía.

El helicóptero descendió velozmente, rozando casi la autopista. Desde los coches que pasaban a gran velocidad, lo tomaron por un aparato del servicio de vigilancia; en todo caso, nadie se fijó bien en él. Se detuvo materialmente en el aire, a dos metros por encima del tejado de la casa, y Bentham saltó.

Lo hizo con la agilidad de un atleta perfectamente entrenado. Apenas había tocado la azotea con los pies, corrió hacia el borde de la barandilla.

No podía perder tiempo.

El coche llegaba.

Apuntó un poco por encima de los faros, y gracias a los rayos infrarrojos de su punto de mira, pudo ver el conductor. A su lado había otro policía, con el que también tendría que acabar, pero el conductor era el más importante.

La calma de Bentham era glacial.

Parecía estar en unos ejercicios con blanco inmóvil, y disponiendo de todo el tiempo necesario, a pesar de que el coche avanzaba ahora a buena velocidad, y en cuestión de segundos se saldría de su zona de tiro.

Pero él aprovechó bien aquellos segundos.

Apretó el gatillo una vez.

El arma, provista de silenciador, no produjo el menor estampido.

La bala atravesó limpiamente el parabrisas y se clavó entre los dos ojos del conductor; había sido un tiro perfecto. Falto de control, el coche dio un bandazo como si se le hubiera reventado un neumático.

Eso fue lo que tuvo que creer cualquiera que se diese cuenta de aquel brusco movimiento. Incluso el mismo policía que iba al lado del conductor no se dio cuenta, en el primer momento, de lo que pasaba.

Musitó:

—Jim...

Fue su última palabra. Inmediatamente, otra bala acabó de destrozar el parabrisas y le penetró por la sien.

Clarkson lanzó una maldición, mientras sacaba su revólver.

Miller estaba también mortalmente pálido. Pensó en una matanza organizada por sus propios subordinados para liquidarle, antes de que pudiera hablar y comprometerlos a todos. Pero no tuvo tiempo para pensar en eso; los acontecimientos se estaban precipitando.

El coche ya había perdido todo control.

Dio un bandazo y se estrelló de costado contra la protección derecha de la autopista. Su gran estabilidad le impidió volcar, pero de todos modos quedó detenido un poco más allá de la casa.

Había pasado por delante del rifle de Bentham, sin que éste disparara otra vez.

Adivinaba, segundo a segundo, los movimientos del coche como si él mismo lo estuviera conduciendo.

Ahora tenía delante de su punto de mira la luneta posterior, en lugar de tener el morro delantero. Un poco más allá de aquella luneta se movían dos cabezas. Como Miller iba esposado al federal, no podía salir sin que éste se lo permitiera. Clarkson tiró de él para intentar sacarle por la portezuela derecha.

Bentham apuntó.

La calva de Miller resultaba inconfundible.

Apuntó, por lo tanto, contra el otro, contra el hombre que llevaba el sombrero echado sobre la nuca.

La bala atravesó el cristal y se hundió hasta el fondo del cerebelo de Clarkson. Éste dio un terrible salto hacia delante, mientras su sombrero resbalaba. Quedó doblado sobre el respaldo anterior, empujando el cadáver del policía.

Pero Clarkson ya no se dio ni cuenta.

Después de treinta años de servicio y el éxito más notable de su carrera, acababa de reventar sin tener siquiera la satisfacción de saber quién le había dado el pasaporte.

Bentham plegó el rifle.

Los disparos habían sido perfectos.

Miró su cronómetro.

Quince segundos, desde que puso los pies en la azotea. No podía

pedirse más.

El helicóptero volvió entonces, pero no fue hacia él. Fue hacia el coche, posándose casi materialmente encima del techo. Bentham saltó entonces ágilmente desde la azotea hasta el borde de la autopista.

No se hizo ningún daño.

Había verdaderos artistas de circo que no saltaban tan bien como él.

Corrió hacia el vehículo y abrió la portezuela izquierda, la que daba a la autopista. Ningún coche venía en aquel momento, pero se distinguían varios faros en la lejanía. Tenía que darse prisa. Vio el rostro desencajado de Miller que gritaba:

—¡Nooooo!

Estaba seguro de que iban a liquidarle. De que se trataba de un ajuste de cuentas, que ya no podía evitar.

Pero Bentham sonrió amablemente.

En cierto modo, era el asesino más educado de Estados Unidos.

—No tema, señor Miller —dijo—. Hemos venido a salvarle.

El multimillonario tembló. Su cráneo brillaba de forma fantasmal, a la luz irreal, amarilla, de la autopista.

—¿Quién es usted? No le conozco. ¿Por qué voy a fiarme?

—Porque no tiene otro remedio, señor Miller. ¿O qué prefiere? ¿Fiar-se de los coches patrulleros que van a llegar antes de un minuto?

Sin una palabra más, Bentham disparó con una «Browning» del calibre nueve. Miller lanzó un chillido cobarde porque creyó que iban por él. Pero la bala segó limpiamente la cadena que unía su esposa a la de Clarkson, sin rozarle siquiera.

—No podemos perder tiempo —dijo Bentham—. Sígame.

Lo sacó de un tirón de allí. Miller vio, con asombro, que el helicóptero les esperaba, casi posado en la autopista. Subieron a él, y unos segundos más tarde, el aparato ganaba altura velozmente.

Era tiempo.

Los patrulleros que seguían el coche de Clarkson ya estaban allí. Se detuvieron frenéticamente, mientras sus ocupantes saltaban a tierra. Sin saber aún lo que ocurría, avanzaron hacia el coche medio volcado.

Sólo un par de ellos llegaron a distinguir la forma confusa del

helicóptero, pero sin poder identificarlo. A uno de los, policías le pareció un «Sikerski», pero no estaba seguro. La visión del cuerpo ensangrentado de Clarkson les consternó de tal modo, que durante un par de minutos eternos no supieron qué hacer.

Cuando llamaron a la brigada portuaria, también provista de helicópteros, ya era demasiado tarde. El que llevaba a Miller se había perdido, remontando el Hudson, hacia el Yankee Stadium y los alrededores del Bronx. Iba a empezar una conferencia, de la que sólo muy pocas personas oirían hablar, pero que podía cambiar el mundo.

Claro que eso ni el propio Miller, el más interesado en el asunto, podía sospecharlo siquiera.

CAPÍTULO III

La casa elegida para la conferencia era modesta, y no hubiera llamado la atención de nadie. Estaba en el distrito portuario de Hoboken. En una zona descampada del Bronx, los ocupantes del helicóptero habían descendido de él para convertirse en viajeros de un «Cougar Cyclone» conducido por un verdadero as del volante. Sólo el piloto quedó a bordo del helicóptero para llevarlo bien lejos de allí, a la zona de los vertederos de la Upper Bay, donde lo haría hundir en el agua. Una lancha rápida, ya preparada, se encargaría de recogerlo.

Pero ése era un asunto secundario.

Lo más importante iba a tratarse en aquella casita de planta baja y piso, cuyo letrero en la puerta indicaba que estaba por alquilar. Bentham desapareció discretamente, y se situó en el piso superior, en misión de vigilancia, sin asistir a la conversación. Miller iba recuperando la calma porque había reconocido a su interlocutor. Su interlocutor era Crossman, uno de los senadores más ambiciosos del Congreso, y eso significaba mucho para él. Con las personas ambiciosas siempre se puede llegar a un trato.

Pero fue el propio Crossman el que planteó las cosas.

No le dejó tomar posiciones ni darse cuenta exacta de la situación.

—Miller, yo le he salvado —dijo—. Está usted en mis manos y puedo hacer lo que quiera, desde matarlo a entregarlo vivo a la policía. También podía pedir un rescate a su mujer, pero no es eso lo que pienso. Quiero que aquí usted y yo hablemos libremente, y como verdaderos amigos.

Miller le miró, confundido.

Había algo que él ignoraría siempre.

Algo que constituía la primera piedra, el primer paso de aquel increíble asunto.

Era él mismo quién había denunciado a Miller.

Era él mismo quién había comunicado a Clarkson que iba a efectuarse una importante operación de droga y que la mercancía iba a ser llevada a Jamaica City, donde el propio Miller esperaba para entregarla a los distribuidores.

Eso el multimillonario rey de las drogas no podría saberlo nunca.

Pero ahora estaba en poder de Crossman, tal como éste había querido. Ahora había llegado el momento de hablar.

Miller susurró:

—Creí que usted no se trataba con gente como yo, senador.

—No diga ridiculeces. Sabe perfectamente que soy ambicioso, y que voy a mover en mi provecho los resortes del poder. De lo contrario, ese poder, ¿de qué serviría? Un par de veces he tratado de ligar, de conectar con usted, y usted no ha hecho caso, por considerarme poco importante. Ahora ha llegado el momento de demostrarle que estaba equivocado, Miller. Oiga esto bien.

Dirigió la luz hacia un mapa que ocupaba toda una pared, y que hasta entonces había permanecido medio oculto entre las sombras.

—Miller, ¿sabe lo que es esto? —inquirió.

—¿Cómo no voy a saberlo? Es un mapa de Asia.

—¿Y esto? ¿Qué es?

—Hombre... ¿Me toma por idiota? Eso es China.

—Perfecto, Miller. A usted, como gran comerciante internacional, que tiene relaciones en todo el mundo, le preocupa la política exterior. ¿Qué piensa de Estados Unidos y China? ¿Llegarán a entenderse?

—No —dijo Miller dubitativamente—. Creo que tienen intereses tan contrapropuestos en Asia que chocarán en una guerra. El poder moderador de los rusos es grande en este momento, pero no lo será siempre. Ésa es mi opinión. Ahora bien, ¿qué importancia tiene? ¿No sabe de sobras que me dedico a otra clase de negocios?

Crossman rió silenciosamente.

Como si estuviera en una de sus conferencias del Senado, hablando con gente a la que ya hubiera convencido, murmuró:

—Celebro que piense eso, porque es también lo que piensa mucha gente. La fracción política que yo dirijo opina justamente eso: la guerra está más cercana cada vez y nosotros haremos que el

país entero lo crea.

—No me interesa la política —dijo Miller—, ni sé qué beneficio se puede sacar de una cosa así.

—Mucho, Miller, mucho. ¿Sabe que he hecho una cosa que a primera vista parece increíble?

—Hay muchas cosas increíbles en este mundo. Pero ¿a qué se refiere?

—He creado una red en el propio Ejército Popular chino.

—¿De espionaje?

Crossman rió silenciosamente.

—No, claro que no —dijo—. Si fuera un asunto de espionaje, ya no le hablaría a usted. Es una red de... distribución de drogas.

Miller quedó helado.

Necesitó sujetarse a los brazos del sillón en que estaba sentado.

Y necesitó también casi un minuto para recuperar la noción de las cosas, y poder susurrar:

—Lo que dice no tiene sentido, Crossman. Hace años, durante la llamada Guerra del Opio, ciertas naciones sostuvieron una guerra vergonzosa para no perder el mercado chino de las drogas. Fíjese bien en esto: una verdadera guerra. Durante años, aquello fue un auténtico imperio para los comerciantes como yo, pero desde que Mao subió al poder, las drogas se terminaron. Ni otra guerra conseguiría que entrara en China un solo gramo de «mandanga». ¿Cómo lo ha conseguido usted? ¿Es que se burla de mí? ¿Cree que estoy loco?

Crossman volvió a reír silenciosamente.

El asombro de aquel hombre, uno de los más poderosos del país, le divertía.

—No me burlo —dijo—. ¿Cómo puede pensar eso? ¿Habría matado a Clarkson, uno de los policías más renombrados del país, sólo para tener el gusto de burlarme de usted?

Miller negó con la cabeza.

Estaba sencillamente aterrado.

Pero lo que decía Crossman era tan razonable, que no podía dudar. No le habría traído allí para divertirse, contándole mentiras.

—¿Cómo lo ha conseguido? —repitió.

—A través de

Hong-Kong,
en parte. A través de Vietnam, en parte. He jugado en dos frentes.

—Comprendo. Los comerciantes chinos que van a

Hong-Kong

y los marineros chinos que van a Haiphong, el puerto más cercano a Hanoi. Son caminos muy lógicos; los únicos que hay. Pero aun así, ¿cómo lo ha conseguido?

—Explotando la ambición humana, amigo mío. A todo el mundo le gusta el brillo del oro. ¿Por qué los chinos habían de ser distintos? Entre ochocientos millones, ¿no habrá un par de centenares, incluyendo algunos generales, que quieran convertirse en millonarios por la vía rápida?

—¿Distribuyendo la droga entre los soldados? Es demasiado arriesgado.

—¿No la ha hecho usted distribuir en Vietnam?

—Bueno, pero yo...

—¿Piensa que sus distribuidores corrompidos, pringosos y muertos de miedo, son más astutos que un chino?

—No —reconoció Miller, sintiéndose más tranquilo cada vez—. Eso, nunca.

—Celebro que estemos de acuerdo en lo esencial —dijo Crossman—. Es más importante de lo que parece. Y ahora le diré lo que trato de hacer: según mis cálculos, la droga puede extenderse por todo el Ejército Popular en sólo dos años. Muchos distribuidores caerán, pero otros ocuparán su puesto. Los chinos están más predispuestos a los tóxicos que los occidentales. No resistirán.

—¿Cree que los soldados tendrán dinero para pagar todo eso? ¿Cree que será negocio?

—Habrá que vender más barato que en Estados Unidos, pero la extensión del mercado proporcionará grandes beneficios. Calculo lo mismo que gana usted aquí. Pero ésa es realmente una parte del negocio.

Miller abrió la boca con asombro.

—Sólo... ¿Sólo una parte? —balbució—. ¿Cuál es la otra?

—Óigame bien. —Crossman se había inclinado sobre él—. No me negará que corromper hasta las entrañas el Ejército Popular chino es una labor que favorece a nuestro país. Es una labor patriótica.

Para Miller la única patria había estado siempre en el oro de Fort Knox, y sabía que para Crossman también. Pero de todos modos, no podía negar las evidencias, de modo que dijo:

—Sí. Es una labor patriótica.

—Espero convencer de eso al país: puesto que la guerra es inevitable, más vale que socavemos el poder del enemigo. Cuatro o cinco años nos bastarán. Al decir que convenceré al país, me refiero a que pienso convencer a unos cuantos miembros influyentes del Gobierno.

—¿Incluso al presidente?

—Por supuesto. Sin él, no haríamos nada. El presidente no cree en la guerra, y sobre todo no cree en ella su consejero Kissinger. Por lo tanto, es una especie de rival político. Pero no podrá negarse, por razones puramente oportunistas, a que nosotros hagamos ese trabajo en China.

—Sé de sobras que la política extranjera no conoce la moral —dijo Miller—. Es el negocio más sucio que existe. Pero ¿qué espera obtener del presidente a cambio de esa... digamos «labor patriótica»?

—En primer lugar, que elimine a ciertos elementos de la brigada antidroga, y designe a personajes más blandos. En segundo lugar, que haga derogar cierta legislación, que compromete a los hombres como usted, Miller. Es decir, que cierre un poco los ojos.

—Es un chantaje que el presidente no admitirá, Crossman.

—No es un chantaje; es un trato. No confunda las palabras. En primer lugar, existe un asunto de política internacional, tan importante como la bomba atómica. En segundo lugar, yo confío en que la fuerza de mi partido sea muy grande. El presidente no podrá negarse a escuchar su voz, puesto que él depende de los votos.

Miller cabeceó afirmativamente.

Sus ojos brillaban.

Pero dijo con voz espesa:

—Me pregunto qué pinto yo en todo esto, señor Crossman. ¿Es que está usted trabajando para mí? ¿Busca que haga buenos beneficios? No me diga que sí porque no voy a creerlo. Sería demasiado conmovedor.

—Busco unos beneficios razonables para todos —dijo Crossman, con lenguaje de perfecto comerciante—. Este plan, que me atrevo a

calificar como el más ambicioso del mundo en estos momentos, necesita ser llevado adelante por hombres excepcionales. Uno de esos hombres excepcionales soy yo, señor Miller. El otro es usted. Por supuesto, es el único que puede proporcionarme la enorme cantidad de droga que necesito para abastecer el mercado chino.

Miller abrió mucho los ojos.

Éstos se volvieron casi cuadrados. Parecieron, por unos momentos, las ventanillas de una máquina calculadora.

Las palabras de Crossman le habían aterrado al principio, pero ahora le admiraban.

Se daba cuenta de que, con un hombre así, podía conquistar el mundo. Sobre todo ahora que sus principales colaboradores habían muerto en Jamaica Bay, y sus negocios estaban alicaídos.

—Mis redes de distribución aún están casi intactas —dijo—. Mis proveedores no han caído en la red. Creo que podré conseguir lo que usted necesita.

—Entonces, éste es un día glorioso para la paz mundial —dijo sarcásticamente Crossman—. Nuestro pacto está en marcha a partir de este momento, amigo. Yo respondo de él.

Y le tendió la mano derecha, que el otro estrechó calurosamente.

Bentham, en el piso superior, encendió un cigarrillo cara a la tranquila noche. Nadie se acercaba por allí. Todo estaba tan tranquilo, que parecía como si la paz hubiera de reinar eternamente sobre la tierra.

Pero ésa era una sensación falsa.

Bentham sabía que aún habría muchos muertos en su camino.

Exhaló, con tranquilidad, una bocanada de humo. Claro que él todavía ignoraba que...

CAPÍTULO IV

Un asunto de envergadura mundial como el que aquellos dos hombres habían planeado, tarda meses en ponerse en movimiento. Cuando Crossman decidió echar la bola a rodar, y dio el soplo para que capturaran a Miller —pensando salvarle luego—, ya tenía la jugada muy bien preparada en todos sus detalles, pero aun así, muchos cabos no ligaban. Sus hombres hubieron de hacer numerosos viajes a

Hong-Kong

y a Saigón. Hubieron de ponerse en contacto con capitanes de mercantes chinos en muchos puertos del mundo. La seguridad de Miller —pues le buscaba toda la policía del país—, exigió trasladarle de sitio dos veces. Mientras tanto, Miller tenía que indicar a sus principales agentes que seguía vivo, y poner de nuevo en marcha la red, de modo que ésta rindiera con la máxima eficacia, con más eficacia que nunca.

Eso ocupó unos dos meses aproximadamente.

Y en esos dos meses ocurrieron cosas que Crossman no había esperado y que tampoco había esperado la opinión pública mundial. Kissinger efectuó su viaje preparatorio a Pekín. El propio presidente Nixon se trasladó a la Ciudad Prohibida. En la Casa Blanca, en el Kremlin y en los despachos más secretos de Pekín, quedó bien claro que ahora nadie creía en la guerra, y que una nueva era de concordia se abría posiblemente para la humanidad. ¿Cuántos años duraría? Eso era imposible decirlo, pero por lo pronto, había un hombre para quien el mundo se había puesto a girar al revés, un hombre al que en dos meses se le había hundido todo: Crossman.

El partido que éste dirigía esperaba imponer en la Casa Blanca el criterio de que la guerra acabaría estallando, y, por lo tanto, convenía adelantar medidas, una de las cuales sería minar con la droga el ejército chino. Había confiado en que el presidente, guiado

por las circunstancias, cerraría los ojos a ciertas cosas, aunque no las aprobase. Pero, de pronto, acababa de demostrarse que la Casa Blanca tenía su propia política, y que nadie necesitaba allí que viniera Crossman a dictarla. Ahora era imposible, absolutamente imposible, encontrar facilidades para la distribución de droga en Oriente. Al contrario, cualquier cosa que pudiera comprometer a Norteamérica, la cortaría el Gobierno con la mayor violencia.

Miller estaba viviendo en una pequeña casa de Denver, bajo la identidad de un vendedor de semillas, cuando el senador Crossman fue a visitarle. No se le veía tan seguro como la primera vez. Incluso físicamente parecía gastado. Pero cuando Miller le dijo que todo se había ido al diablo, él apretó los puños con rabia.

—No tanto —dijo—. La política internacional puede cambiar.

—No creo que cambie en los próximos cuatro años —dijo Miller—, y mientras tanto, ¿qué haremos? He invertido casi toda mi fortuna en comprar más droga de la que jamás compré. Todos los laboratorios que hay en el Mediterráneo y Oriente Medio, especialmente los de Beirut, Estambul y Marsella han trabajado en exclusiva para mí. He movido un río de oro. ¿Para qué? El mercado norteamericano no absorberá jamás todo eso, y para abastecer el mercado norteamericano no necesito a nadie, Crossman. Tampoco le necesito a usted.

El senador se puso un cigarro entre los dientes.

Su mirada estaba nublada. Sus facciones habían adquirido una tensión casi macabra.

—No dejaré que el negocio se hunda —gruñó—. Todos nos hemos jugado demasiado en ese asunto para echarlo a rodar ahora.

—Haga lo que haga no lo conseguirá, Crossman. Usted esperaba ser algo así como el hombre que dijese a Nixon lo que tenía que hacer, pero Nixon no necesita consejeros de su clase. Lo ha demostrado ahora.

El tono de burla que palpitaba en aquellas palabras no pasó inadvertido a Crossman. Éste lanzó hacia su socio una mirada furiosa. Tanto, que Miller, creyendo haber ido demasiado lejos, rectificó:

—Claro que... En fin, hay que reconocer que las circunstancias de la política norteamericana, hasta hace poco, hacían pensar que usted tenía razón, Crossman. Las cosas han dado un vuelco tan

espectacular, en poco tiempo, que aún no puedo creerlo.

—Volverán a darlo.

Crossman había hablado con una extraña convicción. Tanto que Miller le miró, sin ocultar su sorpresa.

—¿Qué piensa? —dijo.

—Algo que sólo a mí me afecta.

—Los dos estamos metidos hasta el cuello en esta aventura. ¿No va a decirme de qué se trata?

—No, Miller.

—¿Por qué no?

—El asunto lo llevaré yo solo. No puedo confiar en nadie. Me basta con recordarle un conocido refrán que dice: «A grandes males, grandes remedios».

Miller palideció.

—No trataré de matar a Nixon, ¿eh?

—No, hombre. No soy tan idiota.

—Pues los que mataron a los hermanos Kennedy no sé si eran idiotas o no, pero los mataron.

—Si eso sirve para tranquilizarle, le diré que nadie va a morir en Estados Unidos —gruñó Crossman—. Y no me pregunte ya más. He trazado un plan y pienso seguirlo.

Fue hacia la puerta.

Miller le detuvo con voz metálica:

—Crossman...

—¿Qué?

—Tengo la sensación de que usted no pensaba en ese plan, sea el que fuere, al venir aquí. ¿Qué pasa? ¿Ha sido una inspiración?

—En esta clase de negocios, no se admiten inspiraciones, Miller. Todo tiene que estar bien calculado. Le diré que tenía un plan de emergencia, por si algo fallaba, y ese plan es el que voy a poner en funcionamiento ahora. En él está metido un personaje muy importante de las finanzas, aunque pocos conocen sus actividades.

—¿Su nombre?

—No le interesa por el momento, Miller.

—En ese caso, me niego a colaborar. No pienso dar un paso a ciegas, Crossman.

El senador le miró con desprecio. Pegó un verdadero mordisco al cigarro que llevaba entre sus dientes y gruñó:

—Le diré el nombre de ese socio, pero no me pregunte más. Absolutamente más, Miller. Ni palabra.

—Está bien. Deme al menos el nombre de ese financiero.

—Chad Logan.

Miller palideció.

Pero supo dominarse.

Con voz que quería ser tranquila, dijo al cabo de unos instantes, mirando a los ojos del senador:

—Chad Logan es dinamita.

—Lo sé, pero él poca cosa va a hacer. Chad Logan se encargará de lo más sencillo, y al mismo tiempo, lo más complicado del mundo: buscar un hombre.

—¿Un hombre?

—Sí. El mejor asesino que exista en el planeta.

CAPÍTULO V

Nadie, salvo las escasísimas personas que le conocían, sabía que aquél era uno de los hombres más ricos del mundo.

Esta noche, Chad Logan daba un «repaso» a la gigantesca Nueva York.

Durante su búsqueda, Chad Logan había hablado con aristócratas, con poderosos industriales. Y había hablado también en los bajos fondos, en las profundidades del Bowery, con tipos que hubieran sido capaces de matar por una copa de *brandy*.

Ahora se dirigía al Madison Square Garden, magnífica y nueva instalación que ha sustituido a la vieja, donde se celebraron, desde los años veinte, los más apasionantes combates para el título mundial de boxeo de todas las categorías.

Los carteles anunciaban, precisamente esta noche, un verdadero acontecimiento.

KID BARTON

6 combates,

6 K.

O.

se enfrentará al aspirante
a la corona mundial
FRANCKIE MILANO

La expectación era enorme.

Había largas colas en las taquillas, y se preveía un lleno absoluto.

El interés del público procedía de lo que Kid Barton pudiera hacer en el primer asalto. Eso acreditaba que tenía el arma más temible de un boxeador, la que más enardece a los públicos de todo el mundo: una pegada de dinamita pura, una pegada donde había

más fuerza que en la carga de un bisonte.

Chad Logan tenía siempre una silla de *ring* reservada, que a veces ocupaba y a veces no.

Se sentó y asistió, impasible, a los primeros combates, que eran muy flojos de táctica. Acostumbrado a entrenar a sus hombres en el estilo más depurado, hubiera dado más de cuatro consejos a aquellos principiantes, pero, claro, no podía hacerlo.

Por fin, hubo unos minutos de descanso.

Iba a comenzar el combate base, el que había creado un lleno absoluto en las graderías del Garden.

Los comentarios en torno a Chad Logan eran unánimes.

—No debía haberse montado ese combate.

—Será el fin de la carrera de Kid Barton.

—¿Qué ocurrirá si no tumba a Milano en el primer asalto?

—Pues muy sencillo: que en el tercer o cuarto asalto estará cansado, y Milano hará con él lo que quiera.

—Milano es un verdadero oso.

—Tiene una resistencia tremenda y una pegada terrorífica. No debían haber puesto a un hombre inexperto como Barton delante de él. Porque Barton no sabe ni cubrirse. En ese combate puede quedar destrozado.

Chad Logan opinaba lo mismo.

No se podía enfrentar por las buenas a un inexperto con un gato viejo como Frankie Milano, que se las sabía todas, y cuyos zarpazos, además, habían tumbado sobre el *ring* a más de ochenta hombres.

Porque Milano tenía también un verdadero récord profesional: nada menos que ochenta combates ganados por K. O.

Por fin se produjo un murmullo de expectación.

Los dos contendientes subían al *ring*. Sus cuidadores les ponían los guantes. El árbitro los examinaba y les hacía las advertencias de rigor.

Logan se fijó en Kid Barton.

Era una torre humana de irnos cien kilos de peso. Pero no había en él un átomo de grasa. Todo era hueso y músculo. Y lo más sorprendente era que no tenía la expresión cerrada o endurecida de muchos boxeadores. Por el contrario, su rostro era el de un joven profesor universitario.

«Justo el tipo de hombre que yo necesito», pensó Chad Logan.

Y se dispuso a presenciar el combate.

Kid Barton salió como siempre, dispuesto a acabar por la vía rápida, antes de que sonara el *gong por primera vez*.

Era como un huracán desatado.

Embistió igual que un bisonte.

Todos sus rivales, hasta entonces, habían caído fulminados poco después de aquella salida terrorífica. Al tercer o cuarto golpe, se les nublaban no tan sólo la vista, sino también la moral. Llegaban a la conclusión de que no podía resistirse a aquella especie de ciclón y, casi por instinto, terminaban por doblarse de rodillas.

Pero con Franckie Milano las cosas no fueron así.

Franckie no le esperó en el sitio, no quedó sorprendido como los otros. Hábil estrategia, basó su táctica en hacer perder el fuelle a su enemigo, que no podía resistir así demasiado tiempo.

Esquivó los zarpazos. Los golpes de Kid se dirigieron al vacío.

Cuando quiso darse cuenta, ya su enemigo estaba al otro lado del *ring*.

Se decía que Franckie tenía casi tanta cintura como Cassius Clay. Aun siendo un verdadero mastodonte, tenía la agilidad de un peso ligero.

Kid Barton volvió a la carga.

Embistió ciegamente, buscando a su enemigo en el nuevo rincón donde éste planteaba batalla.

Pero Franckie Milano no la planteaba. Siguió esquivando con una facilidad que arrancó gritos de admiración del público. Era en eso un verdadero artista. Las embestidas de Kid se perdieron en el vacío otra vez.

Hubo un momento en que, pegando al aire, estuvo incluso a punto de salirse de las cuerdas.

Franckie atacó entonces.

Le dio dos rápidos golpes al hígado, esquivó y se retiró.

Kid no acusó los impactos.

Volvió a la carga y ahora consiguió rozar a su enemigo, pero sin que éste se enterara.

Franckie no aceptaba el combate.

Retrocedía con gran agilidad a cada nuevo zarpazo, haciendo que Kid Barton se cansara inútilmente.

Chad Logan observaba aquello con la atención de un técnico.

Se daba cuenta de que Kid Barton no podía seguir así. Daba golpes de ciego y acabaría recibiendo él.

No es fácil acorralar en un *ring* a un hombre que conoce las medidas exactas, y Franckie se las sabía todas.

Lo único que conseguía Kid era perder el fuelle en el primer asalto.

Y entonces sonó la campana.

A la salida del segundo, Kid Barton se lanzó de nuevo. Estaba dispuesto a acabar como fuese. Y esta vez tuvo la sensación de que acorralaba a su enemigo, de que le cortaba toda escapatoria.

Fue a golpear, pero sólo le rozó en los codos. Y entonces, Franckie se abrazó a él.

Al entrar en *clinch*, el árbitro les separó. Otra vez Kid se lanzó al asalto.

Pero durante todo el segundo, Franckie estuvo haciendo lo mismo. Dejaba que su enemigo se lanzase, y entonces se abrazaba a él. Era una treta de zorro viejo, que desorientaba y ponía nervioso a su adversario.

El público empezó a protestar.

Lo que Franckie estaba haciendo era rehuir el combate.

Pero en el tercer asalto, vio que su enemigo —que había dado docenas de golpes al aire—, empezaba a perder fuerzas.

Y entonces, Franckie se lanzó un poco. Sólo un poco, para tantear.

Notó que su adversario se cubría mal y colocó un par de buenos golpes que llegaban a la cara con más facilidad de la que él había creído al principio. Pero no se arriesgó.

En el cuarto asalto, Kid Barton, más desorientado cada vez, tampoco logró encontrar a su enemigo. Entonces, Franckie Milano empezó a trabajarlo a conciencia.

Con rápidos directos de izquierda, que siempre llegaban a la cara de Kid, lo fue frenando y castigando hasta hacerle sangrar la nariz copiosamente. Y cuando dos veces llegó a las cejas, doblando con la derecha, los impactos fueron de una contundencia terrible.

Las cejas de Kid se abrieron y la sangre empezó a gotear sobre sus ojos.

A partir de ese momento, iba a ver con dificultad. Y eso era lo

que aguardaba Franckie.

Le esperó en la próxima acometida.

Se había dado cuenta ya de que su enemigo no se cubría a las salidas, y por eso, aun arriesgándose a recibir un poco, le dejó hacer a sus anchas esta vez. Un par de golpes fueron a sus flancos, pero los resistió bien. Contraatacó, y entonces Kid fue hacia atrás, deseando evitar que el otro le abrazase.

Era lo que esperaba Franckie.

Lanzó su derecha en un terrible gancho, sabiendo que no fallaría. Y no falló. La mandíbula de Kid, alcanzada de lleno, produjo un chasquido siniestro.

Kid cayó sobre la lona.

Era la primera vez que le enviaban a tierra. Apoyándose en los codos, y mirando a todas partes de un modo aturdido, pareció reflexionar sobre lo que le estaba ocurriendo.

El árbitro contaba ya:

—Siete... Ocho... Nueve...

Kid Barton se puso en pie.

Había estado al borde del K. O., pero sus piernas y sus puños volvían a mantenerse firmes.

Chad Logan arqueó las cejas, asombrado.

No había visto a nadie reponerse, después de ser cazado de lleno por un golpe como aquél.

Franckie atacó ahora. Se daba cuenta de que su enemigo estaba aún aturdido. Se lanzó de lleno.

Como Kid se cubría mal, los golpes de todas las marcas y todas las categorías llovieron sobre su rostro. Pronto éste quedó bañado en sangre. Si la campana no le llega a salvar, Franckie le destroza allí mismo.

Todo el mundo estaba tan fresco. Iba a ser la pelea de un maestro contra un inexperto, que iba a pagar con su torpeza.

Kid no pudo moverse de las cuerdas.

Los golpes llovían sobre él como una catarata macabra. Era evidente que ya no podía ver nada. Al minuto quince segundos recibió un nuevo gancho y cayó.

—Siete... Ocho... Nueve...

¡Y Kid se puso en pie otra vez!

¡Era asombroso!

Pero ningún cuidador debía permitir aquello. Lo estaban aniquilando sobre el cuadrilátero. No veía a su enemigo que, perfecto maestro de la esgrima, le golpeaba desde todos los lugares y por todos los flancos.

Sonó la campana y le salvó.

Al llegar a su rincón, Kid Barton se derrumbó sobre el banquillo.

Era inútil cortarle la hemorragia de las cejas, que le anulaba por completo la vista.

Algunos espectadores pidieron, a gritos, que se llamara al médico federativo.

El combate, en aquellas condiciones, debía ser parado.

Pero mientras las protestas arreciaban, sonó de nuevo la campana.

Kid recibió otra vez una lluvia de golpes. Aquello amenazaba con transformarse en un espectáculo inhumano. El noble espectáculo del boxeo se transforma en algo bochornoso, cuando uno de los dos rivales no puede defenderse.

El público empezó a insultar al cuidador y al árbitro:

—¡La toalla!

—¡Hay que parar el combate!

—¡Arbitrucho, sepárale de una vez!

Sólo un hombre permanecía impassible en su asiento, observando lo que ocurría, sin decir una sola palabra.

Ese hombre era Chad Logan.

Una expresión admirada palpitaba en sus ojos.

Porque él, uno de los mejores expertos mundiales en boxeo, se daba cuenta de algo que los demás no sabían ver.

Kid Barton se estaba dejando pegar.

Quería saber hasta dónde llegaba su resistencia.

¡Y aquella resistencia era sencillamente sobrehumana!

Pero los golpes que recibía hubieran hecho mella en la mismísima Gran Muralla de China. Kid volvió a caer. Era la tercera vez.

Ahora de espaldas, mirando a la lámpara múltiple, que parecía dar vueltas sobre su cabeza.

Era un K. O., total, definitivo.

Quizá incluso habría que llevarle al hospital.

Franckie levantó los brazos, en señal de victoria.

Un silencio espantoso se hizo en el inmenso Madison, mientras el árbitro contaba:

—Seis... Siete... Ocho...

Kid Barton empezó a incorporarse.

¿Iba a levantarse aún?

¡No! ¡Eso era imposible!

—¡Nueve!

Ya estaba. El brazo del árbitro se disponía a bajar para señalar el fatídico K. O.

Pero Kid se puso en pie.

¡Se puso en pie mientras el propio árbitro se quedaba paralizado, sin poder creerlo!

Hizo un gesto como si fuera a parar el combate.

Pero Franckie ya se había lanzado. Quería acabar. Nunca había tenido una presa tan fácil.

Fue hacia él como un ciclón desatado.

Lanzó sus puños.

Y entonces, de más de treinta mil gargantas escapó un grito de asombro, de incompreensión, casi de horror.

El puño derecho de Kid Barton había pasado como una exhalación entre los guantes de Frankie Milano.

Se oyó un terrible chasquido.

Y el cuerpo de Franckie atravesó el cuadrilátero para caer entre las cuerdas del otro lado.

El árbitro ya no sabía adónde mirar.

Se volvió, aturdido.

Desde la mesa tuvieron que gritarle:

—Pero ¿qué haces? ¡Cuenta, burro, cuenta!

Y empezó a hacerlo. No podía creer lo que veía.

—Ocho... Nueve... ¡Out!

Estalló una verdadera tempestad.

Todo el mundo gritaba, todo el mundo hubiera querido abrazar a Kid Barton mientras los cuidadores de Franckie, que aún estaba inanimado, se lanzaban para atenderle.

Había sido el K. O., más espectacular que se recordaba en el New Madison Square Carden.

Sólo un hombre de primera fila de *ring* no gritaba ni hacía gestos. Sólo un hombre se mantenía rigurosamente inmóvil.

Chad Logan estaba meditando...

CAPÍTULO VI

El hombre que llevaba un gorro de astracán algo manchado de nieve y que se quitaba con elegantes gestos el grueso abrigo forrado de piel, hubiera podido ser tomado por un ruso auténtico en cualquier lugar de la Unión Soviética. No sólo hablaba el ruso perfectamente, sin ningún acento extranjero, sino que vestía, vivía y sobre todo bebía como un natural del país. Sus documentos indicaban que era Nablaka Sisber, un profesor de matemáticas de la lejana, de la remota, de la inalcanzable Universidad de Vladivostock.

A Chad Logan lo mismo le importaba aparecer como un ruso que como un pampero argentino o un cazador esquimal. Para todo estaba preparado, y todo lo hacía con la misma maestría.

En el magnífico club de ajedrez del Ejército Rojo, de Moscú, se celebraban unas eliminatorias para el campeonato del mundo.

Había numerosas partidas, seguidas con verdadera expectación y riguroso silencio por un público entendido y apasionado, pues el ajedrez es una verdadera institución nacional en Rusia.

Pero a Chad Logan no le importaban todas las partidas.

Le importaba solamente una.

Y se situó cerca de la mesa donde jugaban el famoso Shakaref y un desconocido húngaro, que era la revelación del torneo, y que se llamaba Josef Levine. Josef Levine había hecho una mala partida hasta aquel momento, y estaba perdiendo. Ya le habían dado jaque dos veces.

Chad Logan, alias Nobleza Simber, no contempló el gran tablero gigante donde se reproducían las jugadas, sino al hombre que se hacía llamar Josef Levine.

La postura que adoptaba, más bien tímida, no lograba disimular su impresionante musculatura ni sus hombros de titán. Se había dejado bigote y puesto unas ridículas gafas de alubia, con las que

quería tener una apariencia doctoral, y en cierto modo era verdad que lo conseguía, pero eso no engañaba a Chad Logan, que había reconocido al campeón que tumbó por más de la cuenta a Frankie Milano, en el Madison Square.

¿Cómo había llegado hasta allí? ¿Quién lo controlaba y quién lo dirigía?

Chad Logan sonrió para sus adentros.

En cualquier otro lugar del mundo lo hubiera reconocido, tal vez, pero no en la URSS. Porque en la URSS no existe el boxeo profesional, aunque sus aficionados suelen llevarse siempre las medallas de oro en las Olimpíadas. Y al no existir boxeo profesional, no existen tampoco revistas que familiaricen al público con los grandes ídolos del cuadrilátero, como ocurre con otros países.

A Josef Levine, que estaría solo tres noches en Rusia, no iban a reconocerle en ese breve tiempo.

Chad Logan dejó de prestar atención a aquel rostro para fijarse en el gran tablero, donde el público podía seguir cómodamente las jugadas.

Era evidente que el falso Levine estaba acorralado.

¿Quizá se había dejado acorralar?

¿Quizá así como antes había probado hasta dónde llegaban sus músculos, quería probar ahora hasta dónde llegaban sus nervios?

El enemigo de Levine buscaba el jaque mate.

Estaba obsesionado con la jugada que llevaba en su cabeza, y no creía que su enemigo pudiera reaccionar.

Pero Levine demostraba ser un cerebro de primera clase.

Estaba abriendo un hueco en la defensa de su adversario para lanzar por allí la reina, única pieza de valor que le quedaba.

Y en el momento decisivo, la lanzó.

¡Y de qué modo!

Era como el mismo huracán que había dejado a Frankie K. O., en el cuadrilátero. Apenas diez minutos después, su rival, sorprendido, atolondrado, sin poder comprender aún por dónde había atacado su enemigo, inclinaba el rey en señal de rendición.

Los ojos de Chad Logan brillaban.

Se preguntaba si alguno de sus hombres hubiera sido capaz de aquello.

Y entonces, cuando sonaban discretos aplausos en la sala, pues

el público del ajedrez es muy distinto del público del boxeo, Chad Logan siguió la mirada del falso Josef Levine.

Y aquella mirada encontró unos ojos quietos, enigmáticos, que le miraban con expresión aprobatoria. Eran los ojos de una mujer.

Chad Logan apretó levemente los labios.

Porque estaba seguro de haberlos visto también en el Madison Square Garden de Nueva York. Y porque pensó que en aquellos ojos —los ojos enigmáticos y hermosos—, estaba la solución de algo en lo que, por el momento, no se atrevía ni a pensar.

CAPÍTULO VII

En aquel rincón del café Hungaria, el más famoso de Budapest, un café que había visto entre sus terciopelos y sus cortinajes al rey Francisco José, luego a los revolucionarios de Bela Kun, a los invasores alemanes y más tarde a los invasores rusos, Chad Logan acababa de tomar una decisión.

El vuelo número 811 de la Aeroflot acababa de raerle desde Moscú a Budapest, y estaba alojado en el hotel Magyar, uno de los mejores de la capital húngara. Había deambulado por los muelles del Danubio, ahora estaba en aquel café, cargado de recuerdos históricos. Era allí donde definitivamente había pensado: «A ese hombre, a Kid Barton, Josef Levine o como demonios se llame, le están preparando para algo grande».

Pero ¿para qué? ¿Y quién le preparaba?

Desde Moscú, había tratado de seguirle. Había tratado especialmente de fijarse en la mujer que le dedicó una mirada de aprobación, al ganar la partida.

Pero la pista se había perdido.

Chad Logan, especialista en seguir rastros, acababa de perder, sin embargo, el de aquellos dos seres.

Y algo le decía que debía encontrarlo de nuevo.

Que aquel desconocido era un enigma mayor de lo que hubiera podido imaginar nunca.

Por eso salió del café Hungaria y se dirigió a su hotel.

Una vez estuvo en la lujosa pero algo anticuada habitación que le habían asignado, lo examinó todo cuidadosamente para cerciorarse de que no había micrófonos ocultos.

Era muy frecuente que a los extranjeros se les vigilara con el mayor cuidado en los países del Este, aunque éstos ya se hubieran abierto al turismo de una forma masiva.

Cuando se convenció de que no iba a tener problemas por aquel

lado, extrajo una botella-petaca, que estaba llena de oscuro ron.

Bueno, al menos eso parecía.

En realidad, el ron sólo estaba en la parte externa. Y tapaba la segunda botella que había dentro de la primera.

Movió el tapón de un determinado modo, al desenroscarlo, y apareció una antena, que fue elevándose poco a poco.

Extrajo fácilmente el disco de corcho que estaba pegado a la parte interior del tapón.

Debajo apareció un micrófono en miniatura.

Bastaba hablar en la parte interna del tapón para que la voz se transmitiera perfectamente.

La radio que había dentro de la segunda botella era una auténtica maravilla técnica.

Y además, una obra artística, que había tenido que ser montada con finísimas pinzas, las cuales tuvieron que pasar los elementos a través de los cuellos de las dos botellas.

Su alcance era ilimitado.

Podía hablar con cualquier lugar del mundo, aunque a Chad Logan no le importaba cualquier lugar, sino un cierto despacho de Washington.

Cuchicheó de un modo casi inaudible:

—Atención, llamando a Rey... Atención, llamando a Rey...

La voz era amplificada por las ondas y por los modernos aparatos receptores del despacho, que le daban el volumen deseado para que se entendiera perfectamente.

—Atención, llamando a Rey... Habla Alfil...

Cuando lo había repetido dos veces, acercó la botella a su oído.

El amplificador estaba dentro.

Oyó perfectamente la respuesta:

—Rey a la escucha... Hable, Alfil.

—Necesito hablar con Bentham.

—Bentham ausente —replicó la voz de Crossman, que para él resultaba perfectamente conocida.

—¿Dónde?

—No tenía ninguna misión asignada y pidió trasladarse a París. También pensé que, de momento, era conveniente que se evaporase.

—Deme su clave.

—18 965. Repito: 18 965.

—Gracias. Corto.

Chad Logan hizo girar el tapón de un determinado modo, y se produjo el más absoluto silencio. Mientras tanto, su mente estaba efectuando complicadas operaciones aritméticas con el número 18 965. Esas operaciones, en las que siempre intervenía un número fijo, y además las siglas 999, le dieron la frecuencia y una longitud de onda que ninguna otra persona en el mundo hubiera podido averiguar, ya que le faltaban los datos esenciales.

Habló de nuevo:

—Alfil llamando... a Bentham... Alfil llamando a Bentham...

Una vez le respondió, casi al instante:

—Bentham, señor.

—¿Dónde demonios está?

—En el Ritz, señor.

—¿Solo?

—Solo, señor.

—Hum...

—Le aseguro que estoy solo, señor.

—Muy bien. Pues preste atención, Bentham.

Y le dio unas órdenes en un dialecto que ninguna persona en Hungría hubiera podido conocer. Era una variedad del tagalo, el idioma que se habla en algunos puntos de Filipinas.

Bentham escuchó con la mayor atención.

—¿Entendido? —preguntó, al fin, Chad Logan.

—Entendido, señor.

—Pues póngase en movimiento.

—Bien, señor.

—Corto.

Y Chad Logan cerró la comunicación, volviendo a Colocar todos los adminículos de la botella en su sitio.

En aquellos mismos momentos, en París, un hombre saltaba rápidamente de la cama.

La muchacha que estaba con él susurró:

—¿Por qué le has dicho que estabas solo, granuja?

—Porque era el socio de mi jefe. Y si mi jefe llega enterarse de que estaba contigo, nunca más habiéramos podido volver a vernos.

La muchacha se irguió un poco.

Tenía unos ojos dulces, suaves, enigmáticos.

Y tenía muchas cosas más.

Pero, en fin, ya sabe usted lo que ocurre: uno quera mejor si habla solamente de los ojos.

Oyó el agua de la ducha, al caer sobre el cuerpo de Bentham.

—Me has engañado, querido.

—Dirás más bien que me han fastidiado, preciosa.

—¿Son órdenes?

—Ujú.

—¿Y tú vas a obedecerlas?

—¿Qué remedio crees que me queda, cariño?

—Creí que eras de esos tipos independientes, que nunca hacen caso a nadie.

—Esos tipos no existen, nena. Ni en las películas. Siempre hay alguien, aunque sólo sea una persona en el mundo, a la que se hace necesario obedecer.

Bentham salió de la ducha, ya seco, y empezó a vestirse con rapidez.

—¿Qué vas a hacer ahora, querido?

—Viajar.

—¿Adónde?

—Uf... Por ahí.

—¿No me llevas contigo?

—Me temo que va a ser imposible, preciosa.

Y empezó a anudarse la corbata.

En aquel momento, la cadena de su reloj le presionó de una forma insistente, indicando algo que conocía muy bien.

Lo destapó, movió el resorte que lo convertía en radio, y musitó:

—Diga, señor.

La voz de Chad Logan le llegó desde la distancia, desde la lejana Budapest:

—Oiga, Bentham.

—Dígame, señor.

—A la chica que está con usted no se la lleve bajo ningún concepto, ¿me oye?

—Sí... sí, señor.

—Sea galante. Dele cinco mil francos para que se compre un modelito.

Bentham tragó saliva espasmódicamente.

—Bien, señor... —dijo.

—Y siento mucho que esté solo, Bentham. En París debe pasar una temporada muy aburrida. Corto.

Y se produjo un levísimo chasquido.

Bentham se lo quedó mirando. Y lo único que pudo decir fue:

—¡Infiernos de tío!

CAPÍTULO VIII

Un hombre como Miller, buscado por toda la policía del país, resultaba dinamita pura, y por eso había tenido que ser trasladado desde Denver a un motel, situado cerca de Salt Lake City. Allí se presentó Miller con una de sus chicas, una distribuidora de droga en el campus de la Universidad de Berkeley. La chica era bonita, pero a Miller no le importaban sus labios ni sus piernas. Lo único que pretendía, al llevarla consigo, era dar la sensación de un amo cincuentón que se pega un lote con la secretaria, alojándose los dos en un motel de un sitio tranquilo. Y lo consiguió. Ni una sola de las personas que llegaron a verle pudo sospechar que tenía delante al auténtico «rey de las drogas» de Estados Unidos.

Allí, a las cercanías de Salt Lake City, fue a verle Crossman. Los dos se reunieron, como por casualidad, en un coche situado en el linde de un bosquecillo. Allí fue donde Crossman, seguro de que nadie podía oírles, expuso su plan:

—Voy a hablar claro, Miller. Tal como se está poniendo la situación, existen nulas probabilidades de que nuestro plan marche como lo habíamos proyectado. Por consiguiente, hay que hacer algo que cambie por completo las normas de conducta de la Casa Blanca. No se va a llegar a una guerra, por supuesto, pero sí espero que se alcance una tensión internacional difícilmente sostenible. Eso nos bastaría para que nuestros planes fueran dados por buenos.

Miller le escuchaba con atención.

Al principio, le había costado admitir que aquel hombre fuese tan poderoso, pero ahora se daba cuenta de que constituía una auténtica potencia dentro del Estado. No sólo era ambicioso y estaba bien preparado, sino que su partido político, de tipo extremista y belicoso, contaba con el apoyo de los grandes navieros, de los fabricantes de armas, de los proveedores de petróleo y de una parte de la Banca. Eso significaba dinero fresco, dinero que entraba

a raudales en una organización ampliamente ramificada por todo el país.

Miller cerró un momento los ojos.

Mientras extraía un cigarrillo, musitó:

—Estaba pensando en su organización, Crossman.

—¿Qué pasa? ¿Ve algo de malo en ella?

—No, no... Todo lo contrario... Yo creí que, con mi poder personal y con las conexiones que tengo en la Mafia, era uno de los hombres más importantes del país, pero me doy cuenta de que estaba equivocado. Su cuadro de mando es mucho más amplio, Crossman. Lo reconozco. Su organización política y financiera es impecable, pero hay algo más, algo que nadie ve. Están los hombres que trabajan para usted en secreto.

El senador sonrió. Le gustaba que un hombre tan entendido como Miller alabara sus métodos. Nada de su organización secreta debía ser divulgado, pero, al fin y al cabo, Miller era su socio. Por eso musitó:

—Nadie sabe que poseo un sistema implacable de represión. Nadie sabe que puedo matar a cualquier persona, a cualquier hora y en cualquier lugar del mundo. Los asesinos a mis órdenes son los mejor enroñados, los más perfectos. Jamás el FBI ni la NKVD risa han poseído agentes tan capaces. Ni el propio presidente de Estados Unidos podría sobrevivir, si yo decidiera un día que debe ser eliminado.

—No se debe producir ninguna conmoción interna en el país —se apresuró a decir Miller—. El país está bien ahora. La gente se siente inquieta, carece de ideales, y consume más droga cada vez. Los negocios marchan.

Crossman le tranquilizó con un gesto.

—No, no —dijo—. Ninguna conmoción interna se producirá en el país. Lo que se tiene que producir es una conmoción externa.

—¿Hasta qué punto Chad Logan está metido en esto? Usted me lo mencionó.

—Chad Logan es el jefe de mis ejecutores. Ya es hora de que usted lo sepa. Chad Logan y yo somos solios hace años. Yo soy el que marca los objetivos, y él es quien los alcanza. Su organización de asesinos es la más perfecta que en estos momentos existe en el mundo, y el primero de esos asesinos es Bentham. Usted llegó a

conocerlo.

—Fue el que hizo aquellos disparos implacables, ¿no?

—Exacto. El que mató a Clarkson. Por tanto, ahora.

Bentham está quemado. No nos conviene que llame la atención en ningún sitio. Bentham no podrá ocuparse del trabajo que pienso realizar dentro de poco.

Miller balbució:

—¿Qué trabajo?

—Verá... Quizá le sorprenda oír esto. Un avión chino va a derribar el avión en que viaje Kissinger.

La boca de Miller se abrió, de pronto.

En sus negocios a gran escala —negocios que significaban docenas de crímenes al año—, no entraba, sin embargo, ni la más remota posibilidad de golpes tan audaces. Presas de esa categoría no entraban en los cálculos de caza de Miller. Pero Crossman hablaba de ello con la mayor naturalidad, con la mayor sangre fría, como si aquélla fuese una cuestión rutinaria, y que ya tuviera resuelta.

—¿Le parece imposible? —musitó.

—No, no. Técnicamente imposible no lo es. Kissinger viaja continuamente. Está expuesto...

—¿Por qué, pues, se ha asustado tanto? ¿Por la categoría de la víctima? No sea idiota, Miller, no sea inocente. ¿Qué otra presa hubiera podido elegir para que, de pronto, se deshagan todos los tratos con China? ¿Un secretario del Tesoro? ¿El jefe de la CIA? ¿O tal vez el jefe de la Brigada de Homicidios de Chicago?

—No —dijo Miller, con voz insegura—. No es eso... Me doy cuenta de que en este momento sólo un personaje de tal clase puede provocar una auténtica conmoción en la Casa Blanca. Tampoco niego que sea fácil derribar su avión. Pero dese cuenta de que se harán investigaciones muy serias. Los chinos se disculparán, y para que Nixon no admita sus excusas, las pruebas tienen que ser abrumadoras. En primer lugar, el avión ha de ser chino auténtico. En segundo lugar, ha de despegar de territorio chino. Todos esos datos serán comprobados, y si usted se salta esos datos, es que vive en el limbo, amigo mío. ¿Cómo va a conseguirlo?

Crossman produjo un chasquido con dos dedos.

Mientras miraba al vacío, musitó:

—El aparato lo pilotará un asesino norteamericano, que yo ya tengo elegido, pero será chino auténtico, y despegará de un aeropuerto militar sometido al régimen de Mao. Ya lo tengo seleccionado incluso. Es el aeropuerto de Kunhcheu, cerca de Cantón. A Cantón viajarán muchas personas de Occidente, con motivo de la gran feria internacional que se celebra allí. Entre esos fajeros estará mi hombre.

—Pero los controlarán. Los chinos son como pulgas. Le vigilan a uno desde dentro de su propia camiseta... No conseguirá nada, Crossman. Su hombre no podrá salir jamás de la ciudad, y menos entrar en un aeropuerto militar. Y apoderarse de un avión en el momento preciso. Imposible.

Crossman rió silenciosamente.

—El hombre que yo he elegido puede hacerlo —dijo.

—¿Tan perfecto es?

—Según me ha dicho Chad Logan, que lo ha estado siguiendo últimamente, puede ser el asesino más perfecto del mundo. Sólo se trata de interesarle en el negocio. De pagarle lo que pida.

—Pero ¿está seguro de que...?

—Alguien nos ha dado informes completos sobre él.

—¿Quién?

—Una mujer. Una zorra.

Miller pestañeó.

—¿Va a fiarse de una mujer?

—De ésta, sí.

—¿Por qué?

—Porque fue la que nos estuvo dando todos los datos sobre Clarkson. Porque fue ella la que le envió a la muerte.

Miller pestañeó de nuevo.

Se daba cuenta ahora de que había ignorado muchas cosas con relación a Crossman. Se daba cuenta de que su detención en la casa de Jamaica Bay y su posterior liberación fueron jugadas de ajedrez cuidadosamente calculadas. ¿Y por qué en una jugada de ajedrez no ha de intervenir una reina? Es decir, ¿por qué no ha de intervenir una mujer?

—¿Quién es? —musitó—. ¿Quién traicionó a Clarkson?

—Ya se lo he dicho. Una mujer.

—Pero ¿quién?

—Su amiguita. Su querida.

Miller balbució:

—Oiga... Clarkson estaba casado. Era mi enemigo más mortal y, por lo tanto, yo lo conocía bien. Era un hombre serio. No tenía líos.

—Narices, Miller.

—¿Qué quiere decir?

—Lo que he dicho: «Narices, Miller». Clarkson tenía una querida. Y oiga bien esto: una querida de sólo dieciocho años.

Miller se quedó helado.

Nunca lo hubiera creído. Estaba acostumbrado a la corrupción (¿quién mejor que él?) y había comprado a muchos hombres que parecían íntegros, pero de Clarkson nunca hubiera esperado eso.

—La mujer de que le hablo —continuó el senador—, nos ha dado informes sobre el hombre a quien pienso proponer el trato. No le diré todavía quién es porque puede fallar. Pero en principio se trata de un ser excepcional, a quien deseo encontrar porque de momento se ha perdido su pista, y a quien necesito someter a la última prueba.

—¿Qué clase de prueba?

—Eso está por ver.

—¿Y a quién ha seleccionado para hacerla?

—¿A quién? Pues es muy sencillo, Miller. He seleccionado al mejor asesino que tengo, aunque de momento no pueda utilizarlo para nada más: al propio Bentham.

CAPÍTULO IX

A muchos les parecerá un sueño lo que tuvo que hacer Benthán, después de su conversación con Chad Logan. Salir de París-Orly a las siete de la mañana en el primer avión que volaba a Moscú. Seguir allí una serie de pistas. Volar por la tarde a Budapest. Seguir más pistas. Dormir en Zagreb, Yugoslavia. Seguir buscando. Y a la mañana siguiente, volar hacia Río de Janeiro.

Todo esto en los mejores restaurantes, los mejores aviones, los mejores hoteles, dando suntuosas propinas y pagando en las monedas más codiciadas del mundo.

Millones de hombres de los que toman el metro cada mañana a la misma hora, reciben los mismos codazos el mismo sitio, los mismos pisotones en el mismo callo, ven las mismas caras en la oficina y cobran el mismo sueldo que en 1918, se hubieran cambiado por él.

Así, sin dudarlo.

Pero, en realidad, a Benthán sólo le habían dado unos nombres y unos lugares. Le habían hablado de Kid Barton y de Josef Levine. Le habían hablado de una mujer y poco más.

Él tenía que reencontrar la pista donde la perdió su jefe.

Tenía que ser superior a todos.

Era una prueba más, y él lo sabía. Por eso no podía fallar.

Fue en Río de Janeiro donde las pistas que había creído husmear se materializaron. Un hombre como el que él había estado persiguiendo por medio mundo se alojaba en una *suite del Hotel Serrador, en el centro de la capital carioca. Había llegado el día anterior, en un vuelo regular, y aterrizado en el aeropuerto Santos Dummond.*

Benthán se alojaba en Copacabana, en el Hotel Neme. Resolvió coger el toro por los cuernos e ir a hacer: una visita al Serrador.

Quería ver a «su» hombre.

Como los vestíbulos de los grandes hoteles cariocas están siempre muy animados, confiaba en no llamar la atención.

Pero al llegar allí se enteró, por una serie de discretas preguntas y otra serie de unas no menos discretas propinas, de que su hombre había salido dos horas antes. Estaba en Sao Paulo.

De modo que Bentham voló a Sao Paulo.

Aterrizó en Viracopos, y un autobús le llevó a la capital, a casi cien kilómetros de distancia. Allí volvió a buscar. Supo que su hombre había cambiado de aeropuerto, llegando a Campinas, desde donde había tomado un avión para Nueva York.

Era como si supiera que le perseguían.

Como si se diera cuenta de que iban tras él. Y con aquella habilidad, no era extraño que hubiese podido desorientar al implacable Bentham.

Pero Bentham era muy hábil, y además, tan constante como su jefe. Consiguió una plaza en un avión de la compañía Varig, que llegaba desde Buenos Aires. Tras hacer escala en Río, voló con él hasta Nueva York.

Todos aquellos paisajes eran familiares para Bentham. En todos aquellos países se sentía como en su propia casa.

Una vez en Nueva York, se instaló en el lujosísimo Hotel Pier.

Desde allí, movió por teléfono a una serie de enlaces y conexiones para que «rastrearán» toda la ciudad. El resultado le llegó al mediodía, cuando Bentham estaba comiendo algo en un restaurante barato de la calle Cuarenta y Dos. La pulsera de su reloj volvió a apretarle.

Como no podía hablar allí, salió y se dirigió a los grandes embarcaderos de la Avenida Doce. Nada menos que el sensacional trasatlántico *Rafaello* se disponía a zarpar. Miles de personas se hallaban congregadas en las cercanías. Él se sentó en uno de los pontones, a distancia, y simuló mirar su reloj.

Pero, en realidad, estaba hablando.

La conversación fue rápida.

—¿Klinton?

—Te he llamado antes, Bentham.

—Lo he captado bien, pero no podía contestarte allí.

—Localicé a tu hombre.

—¿Dónde?

—Es una pensión de la Avenida Ocho... Lleva gafas oscuras y se hace pasar por ciego. También se ha teñido la piel. Presenta el aspecto de un robusto portorriqueño. Lo hace tan bien, que hubiera confundido a cualquiera.

—¿Estás seguro de que es él?

—Seguro, no, pero hace falta arriesgarse.

—Dame el nombre de la pensión.

—Ya no está allí.

—¿No?

—Voló en un avión de la Eastern. Creo que tomó billete para Omaha. Allí he destacado ya a Riley para que procure no perderle de vista.

—Bien, muchacho.

—¿Vas a volar tú también?

—¿Lo dudas, muchacho?

Y Bentham cortó.

Resultaba maravillosa la habilidad de su rival para escabullirse. Como era muy conocido en Nueva York, a causa de dos combates, se había disfrazado de un modo que, por lo visto, confundía a cualquiera.

Pero ¿por qué?

¿A qué infiernos estaba jugando?

Bentham se encogió de hombros.

Chad Logan sabría por qué. Él se limitaba a cumplir sus órdenes.

Pero detrás de todo aquello había, sin duda, algo que se salía de lo humano, tal vez. Porque Chad Logan no le hubiera hecho intervenir, si no hubiese olfateado antes algo que podía transformar quizá al mundo entero.

Una hora después, Bentham volaba hacia Omaha.

El Oeste central sigue teniendo, en muchos aspectos, la misma apariencia que tenía hace ochenta años. Los vaqueros aún surcan la llanura conduciendo las manadas hasta los apartaderos del ferrocarril. Los granjeros aún guardan un par de buenos rifles en casa, y suelen tenerlos cargados. Ya no hay cuatrerros, pero en cambio, abundan los atracadores en las carreteras y los violadores de mujeres. Más de uno de ellos, atrapado *in fraganti*, ha sido linchado, tras un juicio sumarísimo, techo por los mismos vecinos de la colectividad.

No. La entraña de los países no cambia, aunque pasen los años.

El aspecto de Omaha, sin embargo, había cambiado. Omaha era una ciudad trepidante, llena de automóviles de gentes que tenían prisa, cuando Bentham llegó. El mico que parecía no tener prisa era Riley, que limpiaba tranquilamente una armónica en los porches del First National Bank.

Bentham se acercó a él.

—Me dijeron que estabas tras la liebre, muchacho.

—Ujú.

—¿Adónde ha ido?

—Te vas a extrañar. Tu hombre está en una cabaña, a diez millas de aquí.

—¿Sólo a diez millas? ¿Y con quién?

—No hay nadie con él.

—No lo entiendo —susurró Bentham—. ¿Qué busca ese tipo? Me ha estado despistando a través de medio mundo. Y creo que no sólo quería despistarme a mí, sino a todos. ¿Por qué? Quizá el diablo lo sepa.

—Y nosotros también lo sabremos, si vamos allí. Hala, acércate a mi acorazado último modelo.

Le hizo doblar la esquina y le condujo a un *parking* donde había unos cuantos coches rutilantes y un «Dodge» modelo 1920, que no se sabía si daba risa o pena, o las dos cosas a la vez.

—¿Es éste?

—Ujú.

—Pues resulta un último modelo algo... algo... ¿cómo te diría?

—¡Sí, algo arcaico! Un modelo para ir a la boda del presidente Roosevelt, ¿no? Pero espera.

Cuando subieron al coche, Bentham se dio cuenta de que aquello no era lo que parecía. Con su aspecto inofensivo, tenía un verdadero corazón de tigre en su interior. El motor rugía como un fórmula uno. Las ballestas, la suspensión, los frenos y la dirección estaban trucados. Eran los de un verdadero coche de carreras. Los neumáticos, de un modelo especial, hacían que el coche se pegara como una lapa a la carretera, venciendo el inconveniente de su elevada altura. La suspensión también se hundía materialmente en las curvas, evitando que el coche derrapase.

Mientras rodaban hacia las afueras de Omaha, Riley le mostró

un botón rojo.

—Lleva dos ametralladoras en la parte delantero —dijo—. Y detrás, un pequeño cañón que lanza granadas de humo, algunas de las cuales pueden ser tóxicas.

Riley calculaba que aquel coche podía servirles de mucho, caso de verse metidos en una encerrona. Aprovechando un viejo modelo, lo había reconstruido él con sus propias manos.

Como el extraño vehículo tenía una reductora, pudieron meterse por empinados atajos, una vez salieron de Omaha. Dejaron atrás un bosquecillo, y bordearon una colina, antes de que Riley frenara.

—Es allí.

Le señalaba una vieja y destartalada casa, que debía haber sido una granja próspera, cuarenta años atrás. En otro tiempo estuvo pintada de blanco, pero ahora toda ella era de color gris-negro. Por sus inmediaciones no se veía un alma.

—¿Allí? —preguntó Bentham.

—Ujú. Es un sitio muy aislado. Te prometo que me gusta.

Bentham se pasó una mano por las mandíbulas, pensativamente.

—¿Para qué habrá venido ese tipo aquí? —murmuró.

—No lo sé, pero ahí tienes a tu hombre —dijo Riley—. Ahora, tú verás qué es lo que has de hacer con él.

—Por el momento, observarle —murmuró Bentham.

—Pues éste es el sitio. Desde aquí, ves la casa, sin que él te vea. Toma.

Y le entregó unos potentes prismáticos. Bentham recorrió con ellos toda la extensión de la casa.

Nada, ni un síntoma de vida. Tuvo la sensación de que les habían dado esquinazo otra vez.

Pero no se lo habían dado. La muerte rondaba muy cerca de los dos, y ellos no lo advertían.

Fue Riley el primero en enterarse. Lo supo cuando sintió aquel brusco pinchazo en la espalda.

Se estremeció.

Inmediatamente, supo lo que había ocurrido.

¡Tenía que ser una flechita envenenada! ¡Le habían liquidado en silencio, por la espalda!

Apenas pudo balbucir:

—¡Cuidado!

Bentham se lanzó de costado. Estaba ya volando cuando la voz sonó.

La segunda flecha, la destinada a él, sólo le rozó la piel. Y fue a hundirse en la arena de la colina, a muy poca distancia de su cabeza.

Mientras tanto, Riley había dado un fantástico salto.

Quería llegar al coche antes de que el veneno se apoderase de su sangre, antes de que le inmovilizara los músculos.

Y consiguió llegar.

Consiguió también oprimir el botón rojo, y las ametralladoras lanzaron al aire su ración de plomo.

Los tres hombres que bordeaban ya la colina por el otro lado, a punto de caer sobre ellos, se desplomaron fulminados por la ráfaga. Los rifles fueron al aire.

A Riley le parecía estar soñando, le parecía estar viviendo una película del viejo Oeste.

Seguía apretando el botón rojo frenéticamente, con sus fuerzas debilitadas cada vez más, mientras las balas mordían el aire.

La granada pareció llegar entonces desde el otro lado de la colina.

Estalló en el centro del vehículo, convirtiéndolo de repente en una inmensa bola de fuego. El depósito de gasolina pareció irse al infierno. Riley lanzó un alarido estremecedor, al sentir que las llamas le rodeaban por todas partes.

Tuvo suerte, porque el veneno produjo entonces su efecto en él. Tuvo suerte porque no se enteró de que moría abrasado.

Bentham había visto todo aquello a través del humo como si fuera la neblina que suele envolver las pesadillas.

Pronto se dio cuenta de que la granada que acababan de lanzar sobre el «Dodge» no sólo era incendiaria.

También despedía gases letales, y esos gases formaban aquella neblina, a través de la cual lo veía todo.

Tenía que huir o estaría perdido.

Pero huir, ¿adónde?

Sólo le quedaba la casa, y abandonó el pequeño refugio que le ofrecía el borde de la colina para correr hacia el edificio.

Los gases letales ya habían empezado a producir sus efectos en él.

Sentía náuseas, y la velocidad de sus piernas no era la misma de otras veces.

Una especie de moscardón de plomo pasó rozando su cabeza.

Desde lo alto de la colina, tiraban contra él.

Dio dos vueltas por la hierba, mientras sacaba su pistola. Vio entonces la pequeña ametralladora portátil que habían instalado apenas a doscientas yardas, precisamente sobre lo alto de la colina.

Dos hombres la servían.

Aquella máquina del diablo enviaba balas silenciosamente, como moscardones de plomo. Sólo se percibía su silbido cuando ya estaban llegando a la cabeza de uno.

Rociaban materialmente el terreno en torno a Bentham.

Si éste no, hubiera girado con la velocidad de un rayo, ya estaría materialmente cosido con plomo.

Hizo dos disparos, rechinando los dientes.

Su puntería era infalible. Había ensayado docenas de veces aquellos disparos. Sus nervios de acero estaban tan tranquilos como si, en lugar de escuchar la canción del plomo, escuchara un concierto de música clásica.

Los dos hombres recibieron las balas en el mismo sitio. Los dos cayeron con las frentes atravesadas, lanzando un gruñido gutural.

La ametralladora quedó en lo alto de la colina, como un trasto inútil.

Pero Bentham sabía que otros enemigos estaban cerca. Ahora se daba cuenta de que, si lo habían atraído hasta allí, a través de medio mundo, era para tenderle una trampa mortal.

Kid Barton, Josef Levine o como se llamara, había querido demostrar que era más listo que él.

Bentham corrió como una exhalación las pocas yardas que le faltaban para llegar a la casa. Vio que detrás había un pequeño cementerio privado: las tumbas de los granjeros que habían habitado allí, en otro tiempo.

Otra vez tenía aquella extraña sensación, la sensación de que vivía una pesadilla.

¿Por qué le parecía haber estado antes allí? ¿Por qué creía reconocer aquello?

Era absurdo, porque él no había estado nunca en aquella zona de Omaha. Y sin embargo, le parecía haber visto aquella granja y el

pequeño cementerio detrás, y el porche negro-gris hacia el cual volaba materialmente.

Chocó contra la puerta de la casa. La abrió de golpe. Sus ojos recorrieron la habitación polvorienta, de viejos muebles mal colocados, y donde no se advertía ninguna presencia humana.

Bentham cerró la puerta.

Al menos, que no le vieran desde el exterior.

Pero ¿qué era aquel ruido? ¿Qué era aquel rechinar de ballestas y aquel rozar de neumáticos que se acercaba a gran velocidad a la casa?

Miró por una de las ventanas.

Advirtió que un sendero que formaba una pronunciada pendiente llegaba desde la colina hasta la puerta misma de la casa. Por él avanzaba, sin frenos, un enorme camión cisterna.

Sólo el peso de aquel camión ya bastaba para partir en dos la casa.

Pero no era eso lo peor.

¡El camión cisterna venía convertido en una antorcha!

¡Lo habían incendiado, antes de lanzarlo!

Los dientes de Bentham rechinaron.

El enorme camión estaba apenas a cien yardas.

Bajaba con una velocidad de pesadilla.

Desde un lugar situado a media milla de allí, mediante un telescopio portátil, alguien contemplaba todo lo que estaba sucediendo.

Una sonrisa distendía sus labios.

Suspiró:

—Ahora...

En efecto, el enorme camión cisterna ya llegaba a la casa. Chocó estruendosamente contra ella, partiéndola en dos.

Y allí se detuvo.

Pero el choque fue todo lo que el camión necesitaba para estallar. Al menos veinte mil litros de gasolina se convirtieron de repente en llamas. Toda una zona que abarcaba unas cuarenta yardas a la redonda se convirtió en un verdadero infierno.

Bentham no había tenido tiempo para salir de la casa.

Y aunque hubiera salido, no habría tenido tiempo de atravesar las cuarenta yardas.

Ni siquiera volando.

El hombre que miraba por el telescopio portátil retiró sus ojos de los visores.

Musitó:

—Asunto acabado...

Sus palabras habían sonado como si fueran un himno de réquiem.

CAPÍTULO X

El entierro atravesó toda la calle principal de Omaha, la vieja calle donde en otra época estuvieron los *saloons* y las casas de juego, y ahora estaban los lujosos comercios y los edificios singulares. Constituyó lo que los periódicos suelen llamar «una imponente manifestación de duelo», porque todos los muertos eran personas conocidas en la ciudad. El único desconocido era un tipo que llevaba documentos a nombre de Riley, y que no se sabía de dónde había venido. Ah... También resultaban desconocidos, naturalmente, los restos calcinados que fueron hallados en la vieja casa al pie de la colina, pero de éstos no se preocupó nadie. Fueron recogidos en una especie de urna pequeña como la copa de un sombrero, y llevados al cementerio, sin más ceremonias.

El único que sabía a quién pertenecían aquellos restos era el hombre que presenciaba el paso del cortejo desde la mejor ventana del hotel de la ciudad. Pero aquel hombre no iba a explicárselo a nadie. Hubiera podido explicárselo, eso sí, al tipo que estaba tras él, sentado en la penumbra de la habitación, pero ése también lo sabía. No hacía falta darle explicaciones ni gastar más palabras que las indispensables.

Crossman se alejó de los cristales.

El senador de los Estados Unidos estaba allí, en apariencia, para reunirse con algunos de sus amigos políticos, pero la realidad era otra. Crossman quería hablar, al fin, directamente con el hombre elegido, con el mejor asesino del mundo. Y el hombre elegido, Kid Barton, estaba sentado en la penumbra de la habitación, mirándole fijamente.

Pese a estar sentado y pese a procurar que su figura no destacase en ningún sentido, su poderosa planta y su implacable musculatura seguían llamando la atención, También llamaban la atención sus ojos helados, quietos, sin expresión alguna.

Crossman susurró:

—Es curioso... Que la idiotez humana llegue a esos extremos, es algo que llama la atención, incluso a un hombre como yo.

La voz suave, tranquila, de Kid Barton resonó entonces en la habitación:

—¿Por qué dice eso? ¿Porque nadie en Omaha sospecha aún que esos hombres eran unos asesinos?

—Sí, claro. Por eso... Se les tenía por negociantes honestos de la ciudad, pero había cien motivos para sospechar la verdadera índole de sus negocios. Si la gente fuera más lista, lo habría adivinado. Esos hombres distribuían la droga, pero no por cuenta de Miller, sino por cuenta de una organización rival. Eran enemigos.

—Lo sé —dijo suavemente Barton.

—Tarde o temprano, hubiese tenido que acabar con ellos.

—También lo sé.

—Uno de ellos —rió Crossman—, aún lleva en el ataúd los prismáticos con que lo contemplaba todo. El muy idiota... El que creía dirigir la operación...

Kid Barton sonrió. Su sonrisa era tan helada como sus ojos.

—Todo se produjo con una exactitud cronométrica —dijo—. Usted, senador, dio a esos hombres un soplo de Miller. Les dijo que Bentham era un asesino a sueldo de la organización de este último, y que venía a establecer una nueva red de distribución en la zona de Omaha. Los otros vieron en peligro su imperio.

Ahora fue Crossman el que sonrió.

Dijo suavemente:

—Pensaron entonces que les convenía eliminar a Bentham, y así dar un escarmiento a Miller: demostrarle que no se dejaban pisar su terreno: Riley fue liquidado por la espalda. Una ametralladora estaba encargada de acabar con Bentham. No podía negarse que esos hombres usaban recursos de todas clases, pero aun así, Bentham se les escapó. Consiguió refugiarse en la casa.

Barton dijo suavemente:

—Allí le liquidé yo. Lo del camión cisterna no podía fallar. De Bentham no han quedado más que unas pocas cenizas. Pero ¿puedo hacerle una pregunta, senador?

—Hágala.

—¿Por qué quería liquidar a Bentham? ¿No le servía ya?

—Bentham estaba «quemado» —dijo Crossman con desprecio—. Además, últimamente, se dedicaba demasiado a las chicas. Y bebía. Hubiese acabado cayendo en cualquier emboscada, y hundiendo toda mi organización. Pero hay que decirlo todo: yo no quise matarle, sino ponerle a prueba a usted, Barton: Pudo ser Bentham el vencedor.

—Resulta difícil pensarlo, con la emboscada que esos tipos le habían preparado.

—Hum... Bentham había escapado otras veces de situaciones semejantes. Claro que en esta ocasión intervenía usted, Barton. Lo de tener preparado aquel camión cisterna fue algo que no se les había ocurrido a los que prepararon la emboscada; creo que, sin usted, no hubiesen podido matar a Bentham.

—Es posible —se limitó a decir Kid Barton.

—Usted fingió ser un enemigo personal de Bentham, y se ofreció para ayudarles. No dirigió el plan, pero fue el único que supo rematarlo. Demostró tener una gran habilidad para tratar con la gente, Barton. Los comerciantes de drogas no suelen ser fáciles de convencer.

—Estoy acostumbrado a tratar con gente de todas clases. No fue tan difícil.

—Sí... Yolanda ya nos habló de eso. Nos mostró documentación, indicando las universidades en que usted había estudiado, y la preparación fabulosa que tenía. Le felicito por haber acabado con Bentham, amigo mío, pero insisto en que Bentham pudo haber acabado con usted. En realidad, era una prueba.

—Una prueba, que ha terminado con la muerte de un hombre que ya no le era útil, ¿verdad?

—Exacto. Así es como se trabaja.

No había el menor remordimiento, la menor inquietud, en la voz de Crossman. No le importaba en absoluto la muerte de Bentham, a pesar de los servicios que éste le había prestado en otro tiempo. Fue hacia la ventana, y se convenció de que el cortejo funerario ya había pasado. La calle volvía a estar tranquila. Entonces giró la espalda para mirar de nuevo a los ojos de Kid Barton.

—Pero lo más importante fue lo que ocurrió luego —musitó—. Lo que verdaderamente le puso a prueba a usted, Barton. No sólo había buscado un sistema eficaz para acabar con un tipo escurridizo

como Bentham, sino que luego acabó con los traficantes en drogas que le habían tendido la emboscada. Valiéndose tan sólo de una «Luger» calibre especial, exterminó a hombres que tenían granadas de mano, una ametralladora y hasta flechitas envenenadas. Fue una carnicería, y encima luego consiguió escapar sin despertar sospechas, Barton. Le felicito.

Y señaló hacia la ventana.

Era como si dijese: «Por ahí han pasado sus víctimas. Aún está a tiempo de acompañarlas al cementerio, si quiere...»

Kid Barton musitó:

—No creo que la sociedad honrada haya perdido gran cosa. Han muerto un asesino profesional como Bentham, un enlace del hampa como Riley, y unos cuantos traficantes de drogas, que además, eran unos fulanos armados hasta los dientes, y dispuestos a utilizar sus armas como fuera. Quizá la ley esté de enhorabuena, después de todo.

—Yo no he querido servir a la ley —dijo el senador abruptamente.

—Lo imagino.

—La red de traficantes de droga que ha sido deshecha aquí —dijo—, será ocupada por hombres de Miller, pero yo pediré una parte cuantiosa en el negocio. En realidad, es mucho dinero el que se puede ganar en esta tierra, Barton, y el dinero está ahora ahí, en la calle, diciendo sencillamente: «Cogedme».

Kid Barton había cerrado un momento los ojos.

El brillo lejano, un poco siniestro, que había en ellos, desapareció.

—Creo que entre los informes de Yolanda y lo que Chad Logan vio en mí, se han convencido de que soy el hombre que les conviene —dijo, al cabo de unos instantes.

—Sí. Yolanda, la querida de Clarkson, nos informó perfectamente. Lo que ha visto Chad Logan también es definitivo. La prueba a que le sometimos fue esclarecedora. Sé que usted maneja perfectamente un avión de guerra, puesto que ha sido piloto de modelos experimentales. Y está conforme con la misión que le he asignado, de modo que sólo nos falta ponernos de acuerdo en el precio.

Crossman estaba dispuesto a pagar una cifra muy alta, puesto

que confiaba en obtener enormes beneficios de aquella operación. Pero, de todos modos, no esperaba oír la fabulosa cantidad que mencionó Kid Barton, con la más impasible de las sonrisas:

—Mi precio es algo elevado, senador.

—¿A cuánto alcanza?

—A ocho millones de dólares.

El senador palideció.

—Es mucho para un solo hombre —dijo.

—No es nada para el mejor asesino del mundo. El avión de guerra chino que tendré que robar, vale casi tanto como eso. Y la vida del hombre al que enviaré a los infiernos, no tiene precio.

Crossman cabeceó afirmativamente, aunque se daba cuenta de que tendría que correr mucho para reunir enseguida, y en metálico, aquella enorme suma. Pero sus recursos eran ilimitados, y tampoco podía negar una cosa: resultaba cierto que con ningún precio se podía pagar al mejor asesino del mundo.

Kid Barton cortó entonces sus pensamientos.

Le hizo una pregunta extraña:

—Yolanda me recomendó. Esa chiquilla de apenas dieciocho años, que envió a la muerte Clarkson, me puso a mí en el camino de todo esto. Pero ¿por qué? ¿Puedo saber por qué odiaba a Clarkson?

—¿De veras no lo sabe?

—No, eso no lo sé.

—Creí que Yolanda y usted eran amantes.

—Lo somos.

—Ella vio su último combate. Chad Logan me lo ha dicho. Y le siguió a Moscú, cuando usted fingía ser Levine.

—Nada tiene de particular que mi joven amante me siga a todas partes —dijo Kid Barton, con el mayor cinismo y con su voz tranquila y hermética.

—Pero, en cambio, resulta bastante particular que ella no le dijese por qué odiaba tanto al policía Clarkson, el jefe de la brigada antidroga.

—Ella me dio una versión, pero quiero saber si es cierta. Nunca me he acabado de fiar de una mujer.

—Hace bien. Ni se fíe nunca.

—Por eso le pregunto a usted, senador. Quiero saber si lo que Yolanda me dijo es absolutamente cierto.

—¿Qué le dijo?

—Que Clarkson la había corrompido, cuando ella tenía sólo catorce años. Y que le odiaba con toda su alma por eso.

Crossman asintió con una lenta cabezada.

—Es cierto —dijo—. La versión que le dio es exacta.

—Celebro que Yolanda no me haya mentido... Tendré que empezar a fiarme de alguna mujer, de vez en cuando.

Y lanzó una suave carcajada. Una carcajada que encontró un eco silencioso en los labios del senador Crossman.

—Acepto su precio —dijo, al cabo de unos instantes de reflexión—. ¿De qué tiempo dispongo para pagárselo?

—La mitad, dentro de dos días. La otra mitad cuando haya terminado el trabajo, a satisfacción de la «empresa».

—Dos días es muy poco tiempo para reunir cuatro millones en efectivo. Deme tres.

—De acuerdo, pero sólo tres. Esperaré en el Hotel Doral, de Miami Beach, hasta el final de ese tercer día. Hasta las doce. Si entonces el dinero no ha llegado, me consideraré desligado de mi compromiso.

Crossman se sentó en el borde de una mesa, y encendió un cigarrillo, con movimientos nerviosos. Se daba cuenta de que le esperaban unos días de intenso trabajo, pero los resultados valían la pena. Mirando hacia la ventana, suspiró:

—Estaré allí, no lo dude. Si no puedo ir personalmente, para no llamar la atención, enviaré a un emisario, pero usted recibirá el dinero.

—Es todo lo que exijo. Y ahora, permita que le haga una pregunta.

—¿Qué quiere saber?

—Debo llegar hasta China —musitó—. Usted me habló de presentarme como un comerciante americano en la feria de Cantón, pero eso me parece insuficiente. Necesitaré un pretexto, algo que me permita moverme con más libertad. ¿Puede usted facilitarme ese pretexto, o sebo encontrarlo yo? Necesito saberlo ahora.

—Mi organización es perfecta —dijo Crossman—. Otro hombre no podría conseguirlo, pero yo le facilitaré ese pretexto.

—¿En qué consistirá?

—En algo muy sencillo —dijo el senador.

Para añadir enseguida, con voz suave y silbante:

—En el cadáver de una mujer...

CAPÍTULO XI

Por primera vez, los ojos de Kid Barton parpadearon.

Se notó que no le gustaba ver mujeres muertas. Que aquello le había causado una desagradable sorpresa.

El hombre vestido de negro se detuvo cerca del túmulo.

—Espero que recuerde bien el rostro de esa muchacha —susurró.

—¿Por qué he de recordarlo?

—Lo transportaré muy lejos de aquí.

—¿Yo... he de transportar a una muerta?

—Ésa es la misión que le pensaba encomendar, Barton.

El coloso volvió a parpadear.

—Creí que sería... algo más importante.

—No puede opinar hasta que conozca lo que debe hacer con ella.

—¿Qué debo hacer?

—En primer lugar, sepa que esta muchacha está embalsamada. Con su cuerpo, se han seguido todas las reglas sanitarias.

—Bien.

—Puede ser transportada legalmente, de modo que en este sentido no tendrá dificultades. Los documentos para el traslado y los pasajes han sido reservados ya.

—¿Qué pasajes?

—En un avión que sale esta mañana. Su rumbo está indicado en el mismo billete. Desde Nueva York, vuela hacia el Sur, hasta Centroamérica, y una vez allí, atraviesa el canal de Panamá. Su destino final está en el puerto de Perth, en Australia. Pero en esta ocasión prolongara el vuelo hasta Cantón, en China.

Kid Barton no pudo disimular un cierto gesto de sorpresa.

—¿Y lo único que he de hacer es acompañar a este ataúd hasta llegar a Cantón? —musitó.

—Exactamente.

—No creo que sea tan difícil.

—Mejor para usted, Barton.

La mujer despegó entonces los labios por primera vez para susurrar:

—¿Podré acompañarle?

—Claro que sí. Los pasajes que le entregaré son dobles. El viaje lo harán los dos.

Kid susurró:

—Perfecto.

—Le pagaré por adelantado la mitad de la suma que el señor Crossman le prometió, Kid. La otra mitad cuando termine.

—De acuerdo, pero ¿cómo debe terminar? ¿A quién entregaré esto en cuanto llegue a Cantón?

—No se preocupe; ya se pondrán en contacto con usted.

Y les indicó la salida para que abandonasen aquella habitación.

—Cuando haya entregado el cadáver, recibirá pasajes para volver a Washington —murmuró—. Y en esta misma habitación, le entregaré el resto del dinero.

Kid Barton no opuso ninguna objeción.

Por lo que había visto, sabía que podía fiarse de aquel hombre. Aunque tenía un aspecto de esqueleto, una apariencia fúnebre, que impresionaba.

Una vez estuvieron de nuevo en la primera habitación, se fijó en que la muchacha tenía una actitud preocupada.

No era la misma cara con que había entrado allí.

Diríase que un pensamiento malsano acababa de pasar por su cerebro.

—¿Qué te ocurre? —preguntó—. ¿Puedo saber en qué piensas?

—En nada —dijo la muchacha—. La verdad es que no pensaba en nada absolutamente.

Pero se estaba haciendo una pregunta muy complicada. Se estaba preguntando a sí misma: «¿Dónde he visto yo, antes, a la muchacha del ataúd?».

Poco después, los dos salían de la casa, en la Avenida de Pennsylvania. Un enorme y lujoso coche negro les esperaba.

Al quedar solo, el hombre esqueleto descolgó un teléfono que conectaba con una línea privada. Y cuando le respondieron, dijo

una sola palabra:

—Ahora...

CAPÍTULO XII

En realidad, las cosas habían sucedido con rapidez, desde que Kid Barton abandonó la habitación del lujoso hotel de Omaha, en que se había entrevistado con el senador Crossman. Tal como le prometió, se había dirigido en un vuelo regular de la TWA a Miami, donde se alojó en el fastuoso Hotel Doral. Lo único que tenía que hacer allí era esperar las últimas instrucciones... envueltas en un succulento fajo de cuatro millones de dólares.

Miami Beach es un sitio donde un hombre sólo lo puede pasar muy bien, pero Kid Barton tenía algunos inconvenientes. En primer lugar, no quería ser reconocido. Por ello se caracterizó un poco, presentándose con documentación falsa, como un ranchero tejano. En segundo lugar, telefoneó a la única mujer que en aquel momento podía hacerle feliz. Porque un asesino que se dispone a dar el golpe más importante y audaz de su carrera, ¿no es normal que se despidiera de su amiguita?

Yolanda no puso ningún inconveniente en desplazarse desde Nueva York a Miami Beach. Tomó uno de los aviones que hacen la línea regular Montreal-Florida, y se presentó en el Doral, un día más tarde. Era una mujer succulenta, alta, mórbida, de poderosas curvas, que tenía un misterioso aire antillano. Era la sensualidad hecha mujer, era una llamada directa a la atención y los instintos del hombre.

Estaba resplandeciente.

Sus dieciocho años eran dieciocho maravillas.

Además, con su atrevido vestido color limón, no podía decirse precisamente que llevara luto a la memoria de Clarkson.

Todos los que se hospedaban en el hotel, se volvieron a mirarla.

Y eso que en Miami —hay que repetirlo—, abundan las mujeres bonitas, tanto como en ese barrio de Los Ángeles llamado Hollywood.

Cuando Kid Barton y ella estuvieron dos días sin salir de la habitación, el gerente del hotel pensó que tendría que avisar a la brigada contra incendios.

Pensó: «Pero ¿cómo podrá resistirlo? ¡Menudo tío...!». Fue entonces cuando llegó a Miami el hombre esqueleto.

Fue entonces cuando, en lugar de la brigada contra incendios, se presentó aquella especie de funeraria ambulante.

Y en realidad, no engañaba a nadie.

Míster Tobías J. Stakopoulos era, en realidad, el dueño de una de las funerarias más importantes de los Estados Unidos.

Cuando el gerente del hotel lo vio, dijo a uno de los conserjes, con un soplo de voz:

—La chica aún estará viva, pero seguro que ha venido a llevarse los restos del hombre...

CAPÍTULO XIII

Stakopoulos, acostumbrado a calcular las medidas de los muertos para los ataúdes, supo calcular también exactamente las medidas de aquella diosa de carne que tenía delante de los ojos. Pero la diosa de carne no estaba muerta, sino bien viva. Vestía (es un decir) un minúsculo bikini, y se tostaba lánguidamente al sol en una de las terrazas de la *suite*, a la que llegaba a raudales el sol del Caribe. No se sorprendió en absoluto al ver a aquel siniestro personaje que parecía venir a cobrar la factura de un funeral. Se limitó a llamar a Kid Barton, que estaba en la ducha:

—Eh, Kid... ¿No estabas esperando a alguien?

Kid salió medio envuelto en una toalla. Miró al fúnebre personaje, y miró, sobre todo, la abultada cartera que éste llevaba en la mano derecha.

—Falta casi medio día para que expire el plazo —dijo el joven tranquilamente—. Ha sido puntual.

El hombre esqueleto miró de soslayo a la chica.

—Se ha debido dar un buen lote —gruñó.

—Uno hace lo que puede, hermano.

—Pues no tiene mal aspecto. No sé cómo ha podido resistirlo.

—Será cuestión de entrenamiento. ¿Lleva el dinero?

Stakopoulos abrió el maletín.

Dentro estaban los fajos de billetes, perfectamente ordenados. Pero no eran nuevos, sino viejos, lo cual resultaba una excelente idea. Procediesen de donde procediesen aquellos billetes, nadie les seguiría la pista. Barton los palpó, y se convenció de su autenticidad. A él le bastaba con tocarlos.

El hombre esqueleto susurró:

—Cuéntelos.

Kid Barton lo hizo rápidamente. Todo era correcto. Cerró la cartera y la depositó sobre una de las mesas.

—Celebro que Crossman y Miller no hayan fallado —dijo—. Y ahora, explíqueme por qué ha venido usted precisamente. Usted es el dueño de una funeraria.

Stakopoulos pareció sorprendido.

—¿Me conoce?

—Conozco en este país a mucha más gente de lo que normalmente podría pensarse —dijo tranquilamente Barton—. Además, usted está especializado, si no recuerdo mal, en facturar cadáveres hacia el exterior, y recibir también cadáveres del exterior en los Estados Unidos. Su funeraria es una auténtica funeraria internacional. Así debe dar gusto.

El hombre esqueleto no captó el leve matiz de burla que flotaba en aquellas palabras.

Dijo solamente:

—Nadie más puede ayudarle, Barton.

—¿Es que usted interviene en este trabajo?

—Precisamente, mi organización funeraria internacional es la única que puede ponerle en el buen camino.

Kid Barton se sentó negligentemente en uno de los divanes, siempre envuelto en la toalla. Luego preguntó:

—¿Trabaja para Miller?

—Sí.

—¿Me equivoco si pienso que muchos de los ataúdes que trae usted al país están provistos de doble fondo?

Stakopoulos envió al aire una sonrisa siniestra.

—Ése es asunto mío, Barton —musitó.

—¿También es asunto suyo, si algunos de los cadáveres embalsamados están llenos por dentro de heroína? ¿Y si a algunos de los muertos les sale la coca por las orejas?

El hombre esqueleto volvió a sonreír.

—Sigue siendo asunto mío —musitó—. A nadie le importa.

—Claro que a nadie le importa, amigo... Sólo quiero felicitarle porque sé que su organización es perfecta. De otro modo, Crossman no le hubiera enviado aquí. Y puesto que me habló en Omaha del cadáver de una mujer, supongo que usted tiene algo que ver con ello. ¿Me equivoco?

El hombre esqueleto negó con la cabeza.

—No —dijo—, no se equivoca, pero el cadáver no está aquí.

Deberá usted acompañarme a Washington.

—¿Debo verlo?

—Es indispensable.

Kid Barton se encogió de hombros.

—De acuerdo —dijo—, me prepararé enseguida. Pero supongo que Yolanda puede acompañarme, ¿no? Ella también está metida en esto, desde el principio.

—Ya sé que Yolanda es una mujer ambiciosa —dijo sibilinaamente el hombre esqueleto—. Ya sé que de los ocho millones, ella tendrá una buena tajada, por el hecho de haberle introducido a usted en la organización del señor Miller y el señor Crossman. De una mujer que fue la querida de Clarkson, puede esperarse cualquier cosa.

Yolanda estaba en la terraza, y no le oía. Y si le oyó, no se molestó en darse por enterada del insulto. En cambio, Kid Barton palideció levemente.

—Esas palabras no eran necesarias, Stakopoulos —dijo.

—No he querido ofenderle. Sólo he tratado de demostrar que conozco perfectamente la situación en que me muevo y las personas con las que trato.

—Y algunas de esas personas no le gustan, ¿verdad? Pero tendrá que aguantarlas.

—Mi misión termina con la facturación del cadáver. No crea que ha sido sencillo conseguirlo.

—¿Conseguir un cadáver? ¿Dice que ha sido difícil para usted? Por sus salas de embalsamamiento pasan cada día docenas de ellos...

—Como éste, no.

—¿Por qué?

—Porque es el de una muchacha china.

Kid Barton palideció un momento. Sus músculos se contrajeron como si la sorpresa le hubiera dominado, pero enseguida volvió a recuperar la calma.

—¿La han asesinado? —musitó.

Sus ojos volvían a no tener expresión, pero su voz era vibrante, tensa.

El hombre esqueleto reconoció, sin ningún rodeo:

—Sí. Lo que pasa es que todo se ha «vestido» muy bien. Ni los

más expertos investigadores descubrirían que no fue un accidente.

Kid tragó saliva.

—Supongo que las autoridades sanitarias norteamericanas exigen que una compañía norteamericana traslade el cadáver a China —susurró, al cabo de unos instantes—. Y supongo que yo tendré una documentación falsa de empleado suyo. Y supongo que seré el hombre que cuidaré del traslado del ataúd.

Stakopoulos envió a través de los aires una sonrisa macabra.

—Es usted inteligente, Barton —dijo—. Celebro comprobar que no tiene musculatura solamente. En efecto... Usted es, desde ahora, un empleado de confianza de mi compañía. Pero antes deberá ver el cadáver en Washington.

Kid Barton se puso en pie.

La toalla casi cayó al suelo. Resbaló sobre sus músculos poderosos.

—¿Quién era esa muchacha? —preguntó—. No es una simple curiosidad. Necesito saberlo.

—Claro que necesita saberlo... —dijo el hombre esqueleto con su eterna tranquilidad—. Tenía diecinueve años y trabajaba como intérprete en la delegación china en la ONU. Pero no es eso lo que importa. Lo realmente interesante es que su padre es el comandante militar del aeropuerto que se encuentra cerca de Cantón. Y que hasta allí va a ser conducido el cadáver de la chica...

CAPÍTULO XIV

Así fue cómo el primitivo plan de llegar a Cantón como comerciante de los que visitan anualmente la feria fue cambiado por un plan mucho más audaz —y también mucho más cruel—, a fin de situar a Kid Barton en el aeropuerto militar de la capital china. Una vez allí, toda dependería de él, aunque los minutos deberían ser calculados cuidadosamente para despegar de allí en el avión robado a tiempo de interceptar el aparato que transportaba a Kissinger.

Precisamente el consejero especial de Nixon tenía que emprender uno de sus viajes dos días más tarde, esta vez a un punto de la Siberia rusa, por lo cual casi bordearía Cantón. Era una oportunidad única, que de ningún modo se podía desaprovechar.

Lógicamente, la ruta era secreta, pero secreta sólo en parte. Los resortes del senador Crossman habían funcionado, y conocía exactamente los horarios, los puntos de vuelo, las alturas, y por consiguiente, las posibilidades de interceptarlo. Todo eso estaba grabado también en la mente de Kid Barton como en letras de fuego. Cuando el hombre esqueleto había telefoneado «Ahora», en un despacho de Washington había puesto en funcionamiento realmente un reloj de marcha atrás: A partir de aquel momento, todos los pasos habían de ser bien calculados, y cada hora contaba. Sólo faltaba que a Kid Barton y a su acompañante —que sólo iría hasta Perth en Australia—, se les dieran las últimas instrucciones y las documentaciones falsas.

Crossman sonrió en su despacho, al oír la palabra «Ahora».

Era la señal de que todo marchaba.

Sólo le quedaba establecer el último contacto con Barton. Proporcionarle los últimos datos. Las documentaciones. Los requisitos legales necesarios. Y procura: que no se asombrara de las facilidades que le habían sido dadas para que le acompañase

Yolanda.

Demasiadas facilidades, tal vez.

Pero todo tenía su lógica.

Yolanda, en la lejana Australia, no podría defenderse. No conocería el terreno. Sería presa fácil para los pistoleros de Crossman, que la silenciarían eternamente.

Nunca hay que fiarse de las mujeres.

Las mujeres son demasiado propensas a hablar.

¿Y de los hombres? No, a Kid Barton no le esperaba un porvenir mejor, pero él no tenía por qué saberlo. Kid Barton no llegaría a cobrar los cuatro millones que faltaban. El avión robado tenía que posarse en el agua, a determinada latitud, para ser recogido su tripulante por una lancha rápida, pagada por Crossman. Pero los hombres de esa lancha no tenían que recoger a nadie. Simplemente, tenían que utilizar sus ametralladoras pesadas contra el hombre que les aguardase en el agua.

No había razón para que Kid Barton tuviera más suerte que Bentham.

Pero a todos aquellos planes, les faltaba un detalle. Nada de aquello llegaría a tener un sentido, tal como esperaban Crossman y Miller, si no se lograba dejar a las Autoridades chinas sin argumentos. Es decir, si no se podía demostrar que mentían, cuando el avión de Kissinger se hubiera hundido en el fondo de las aguas.

Para eso hacía falta Clara Arrow. Parecía mentira que una muchachita tan insignificante como ella tuviera la importancia que el senador Crossman le había asignado. Pero los planes de altura son así. Siempre tiene que intervenir en ellos alguna muchachita insignificante. Sobre todo, si está muerta...

CAPÍTULO XV

Era muy bonita, y se llamaba Clara Arrow. Bien. Eso no tiene importancia. Las chicas bonitas pueden llamarse de cualquier manera, porque todos los nombres les sientan bien.

Actuaba en un «burlesque» de Nueva York.

Clara Arrow era la más joven de las artistas. Hasta el año anterior, había tenido que falsificar sus documentos para que la dejaran actuar allí.

El «burlesque» le había mostrado más bien su cara negra. Todas las cosas tienen dos aspectos (a veces uno malo y otro peor), pero dos aspectos, al fin. Y aquella clase de espectáculo había dado dinero a Clara, pero también disgustos, proposiciones inclasificables, inquietudes, remordimientos.

Claro que por algo hay que empezar.

Y ya se sabe que una muchacha sin experiencia no llega a ser, en dos días, una *vedette*, en *Broadway*.

Ahora, Clara estaba satisfecha porque podría dejar el «burlesque», al fin.

Ella, una humilde norteamericana de raza china, haría fortuna.

Iba a tener un magnífico contrato en Australia, un contrato en Sídney, donde el dinero corría a manos llenas.

Clara ignoraba, por supuesto, una cosa muy importante.

Ignoraba que el hombre esqueleto se había referido también a ella al decir:

—Ahora.

Los tres hombres que habían recibido la orden, se pusieron en movimiento. Los tres, vestidos como empleados de una empresa de frigoríficos. Y los tres iban en un inmenso camión-nevera, donde los alimentos viajan de una ciudad a otra, sin riesgos de ninguna clase.

Estos camiones cada vez son más frecuentes, de modo que ya no

llaman la atención en ninguna parte.

Ni siquiera se fijó la gente en él cuando el inmenso frigorífico se estacionó a las doce de la noche en las cercanías de la calle Treinta y Dos, y estuvo detenido allí algo más de media hora.

Al fin, Clara Arrow apareció.

Como siempre, le acompañaba un hombre. Era un hombre distinto cada vez. Clara solía librarse de todos, pero apenas se había sacudido a uno cuando otro, infatigable, ocupaba su puesto.

El que la acompañaba esa noche era de esos fulanos que no se desaniman nunca.

Le había hablado ya de su departamento de soltero. De su cuenta corriente. Incluso de sus ganas (¿sería eso verdad?) de constituir un hogar.

Poco sabía aquel individuo que iba a ser el último paseo nocturno de su vida.

Cuando aquel hombre vestido con un mono blanco se acercó a él, no podía imaginar, ni remotamente, la que sucedería. El ocupante de un camión frigorífico no tenía por qué llamarle la atención a él, que tenía cosas más importantes (y no tan frías) en qué pensar.

Ni siquiera le llamó la atención que aquel tipo estuviera a punto de tropezar con él en la calle solitaria. Y que moviera con rapidez la mano derecha.

El punzón de partir hielo se hundió hasta su corazón, con la velocidad de un rayo. Penetró por debajo del esternón, y le perforó el miocardio en cuestión de segundos. Era una vieja táctica, la que habían empleado para matar en silencio los pandilleros de los años treinta. Pero las tácticas para matar no pasan de moda, siempre que acaben con uno.

El hombre se desplomó, sin exclamar un gemido.

Una mueca de terrible estupor parecía haber cristalizado en su rostro. Y esa mueca de terrible estupor se había impreso también en el rostro de la muchacha, que estaba arrinconada contra la pared, en la calle solitaria.

Creyó que iban a matarla también a ella.

Pensó que aquello era el fin.

Pero mientras el asesino desclavaba el punzón, otro individuo, también con un mono blanco, vino por su izquierda. Los dos

obraron con fantástica rapidez, como si estuvieran realizando la escena bien ensayada de una comedia.

Uno golpeó a Clara en la nuca, y la hizo caer hacia delante. El otro la recogió.

La muchacha exhaló un gemido.

Nadie en la calle solitaria llegó a oírlo. Entre los dos hombres la sujetaron con rapidez, uno por las axilas y el otro por las piernas.

Unos instantes después, Clara Arrow estaba dentro del camión frigorífico. Los tres hombres subieron a la cabina, y marcharon a poca velocidad a través de las quietas calles de la parte sur de Manhattan.

La temperatura estaba al mínimo. Dentro de la caja herméticamente cerrada del camión se formaba hielo.

La chinita Clara Arrow nunca podría salir de allí. Las puertas no podían abrirse más que desde fuera. El camión fue desde Nueva York a Washington, y además, sin darse demasiada prisa.

Llegó al amanecer.

Para entonces, Clara Arrow no era más que un bloque de hielo. Estaba muerta.

Pero no había sufrido ningún daño, puesto que ni siquiera el golpe en la nuca se marcaba en su piel. Era un cadáver intacto, era un cadáver sencillamente perfecto.

El camión frigorífico entró en un almacén privado, donde había estacionados media docena de coches.

Eran últimos modelos, y a cual más lujoso. Todos pertenecían al mismo dueño.

Éste recibió la consigna por su teléfono de línea privada. La consigna era bien sencilla:

—Está aquí.

El hombre esqueleto sonrió débilmente, mostrando sus largos dientes, que le daban aún más aspecto de calavera.

—Hay que obrar enseguida —dijo.

—¿La embalsamamos?

—Sí.

—¿Y el ataúd?

—Ya está preparado. Tenéis que seguir las instrucciones, exactamente del modo que yo os he dicho.

Y no dio ninguna explicación más. ¿Para qué? El plan ya estaba

en marcha.

Al día siguiente, Clara Arrow, convenientemente embalsamada y con la documentación en regla —aunque falsificada con tanta perfección que nadie hubiera podido notarlo—, era reexpedida desde Washington a Nueva York.

Una vez allí, tenía que emprender su largo camino, pero ese largo camino empezaba por un hombre.

Un tipejo tímido, insignificante, que acababa de salir de la cárcel por buena conducta, tras serle perdonados seis de los doce años a que fue condenado por homicidio por imprudencia.

Ése era el único delito que se le había podido probar. Pero el hombrecillo insignificante, tímido y con cara de buena persona, había cometido más de once asesinatos, antes de ir a la cárcel.

Claro que él ya ni se acordaba.

¿Para qué acordarse de lo mucho que hoy día tiene que trabajar uno para ganarse la vida?

El hombrecillo tímido, insignificante, pequeño y todo lo que usted quiera llamarle, entró en la oficina de Aduanas y Consignaciones, donde trabajaba su amigo Murdock. Su amigo Charles Murdock también había estado en la cárcel con él, pero ahora era un hombre honrado. Su único delito, actualmente, consistía en contrabandear *whisky* escocés, lo cual, si bien se mira, no es como para llevarse las manos a la cabeza.

El hombrecillo se acercó a aquel sector del almacén al que apenas llegaba ningún cliente:

Un letrero decía con claridad:

FACTURACIONES ESPECIALES

Las facturaciones especiales solían ser cadáveres, y al bueno de Charles Murdock le habían metido en aquel ingrato trabajo. No tenía otro.

El hombrecillo susurró:

—Eh, Charles...

El antiguo presidiario se volvió. Sus ojos brillaron de alegría al ver al hombrecillo que le visitaba. Porque ya se sabe que no hay mayor alegría que la de encontrar a un compañero de los «buenos» tiempos.

—Cutter, ¿qué haces aquí?

—Pues ya ves... Me soltaron.

—¿Cómo es eso posible?

—Dijeron que yo había observado buena conducta.

—Pero... ¡pero si fuiste tú quién mató en el patio a aquellos dos tipos que te habían amenazado!

—Sí, pero eso sólo lo sabíais tú y otro par de buenos chicos. Oficialmente, yo no he matado ni a una mosca. Sólo cometí un delito por imprudencia, y por eso me «enchironaron». Pero ya estoy libre como un pájaro.

Charles Murdock le miró con desconfianza.

—Oye, muchacho, de la cárcel se sale sin blanca. No habrás venido a pedirme dinero, ¿eh? Porque yo también estoy hecho polvo.

—No, no he venido a pedirte dinero. Charles. Tengo todavía lo que conseguí en mi último atraco.

—Pero... ¿tú habías cometido atracos?

—Eso lo sabe muy poca gente, pero la última vez que empuñé la pistola fue para dejar dos tíos tendidos, y llevarme un cuarto de millón.

—Oye, Cutter, tú... ¿llegaste a hacer eso?

—Sí, pero sólo me condenaron por cometer una imprudencia. No todo el mundo sabe de mí lo que ahora sabes tú, muchacho. Además de ese cuarto de millón, me llevé cierto día cien mil dólares de un recaudador de impuestos.

—Cuerno, y ese recaudador de impuestos, ¿dónde está?

Cutter hizo ver que se enjugaba una lágrima.

—Yace enterrado en su panteón familiar, en Baltimore. Pero no creas que las cosas fueron mal, no... A su viuda le dieron una pensión, y a él, una medalla.

Charles Murdock se puso a temblar.

¡Y él había compartido la celda con aquel tipo! ¡Había sido su amigo, sin saber nada!

—Cutter —farfulló—. Aquí no hay dinero, ¿sabes, muchacho...? Además, yo soy tu amigo del alma...

—No he venido a eso, Charles. No sé por qué desconfías de mí.

—Pues entonces... ¿a qué?

—Estoy desolado, Charles.

—¿Tú?

—Sí.

Y mostró su corbata negra.

—Será que has decidido llevar luto por todas las personas que has matado —dijo Charles—. ¿No es eso, muchacho?

—No, al contrario. Esta vez, la muerte me ha rozado muy de cerca.

Y señaló un enorme cajón, que estaba herméticamente cerrado, al fondo del almacén.

—Seguro que es aquello —dijo.

—Oye, Cutter, aquello es... un ataúd.

—Justamente.

—No me dirás que has vuelto a las andadas, y que ahora, encima, quieres llevarte a tu propia víctima.

—No, muchacho, la víctima es otra.

Y le entregó unos documentos, que Charles Murdock conocía bien, porque estaba acostumbrado a aquella clase de facturaciones.

Los leyó con atención, y musitó:

—Dios Santo... Por el apellido, veo que era pariente tuya.

—Mi sobrina. Mi única pariente. La quería como si fuera una hija. La eduqué. Hice de ella una mujer de bien.

—¿Dónde trabajaba?

—Enseñaba las piernas en un «burlesque».

Charles Murdock tragó saliva, espasmódicamente.

—Comprendo —dijo—. Una educación perfecta.

Cutter produjo un chasquido metálico con los dedos de su mano derecha.

—Te contaré lo que ocurrió, muchacho. Como para echarse de cabeza de la ventana, ¿sabes? Yo salgo de la cárcel, y me paso un par de días por ahí, de borrachera en borrachera. Además, ¡qué cuerno!, ya tenía ganas de echar una cana al aire. Pero luego me acuerdo de la familia. «¿Qué hará mi encantadora sobrina Clara?», me pregunto. Y he aquí que voy a su casa, y he aquí que llamo con precaución a la puerta, por si estaba con alguien. Ante todo, hay que tener educación, ¿sabes? Pero nadie me contesta. Entonces pregunto a los vecinos: hace dos días que no la ve nadie. «Estará con alguien por ahí, con alguna buena persona que favorecerá su formación cultural», me digo. Pero cuando llego a mi pensión, las cosas cambian. Me esperaba esta documentación. Y además, estos

pasajes.

Los mostró a Charles.

—Un transporte para el ataúd en la Air France y un pasaje de primera para ti. Muchacho, ¿a qué viene eso?

—Tú has leído el certificado de defunción, ¿verdad?

—Sí. Y está muy claro. «Muerte por congelación».

—A mi sobrina Clara no quería congelarla nadie, te lo aseguro. Más bien al contrario. Y has visto que fue embalsamada.

—Desde luego. De lo contrario, no la habrían traído aquí.

—Pues bien, yo he dado vueltas por todas las funerarias de la ciudad. En ningún sitio la embalsamaron, ¿sabes? Y he tratado de ver al médico que firmó la defunción. Ese médico no existe. Y he ido a la compañía consignataria del buque. Resulta que los pasajes los pagó por transferencia bancaria alguien cuyo nombre no han querido darme.

Charles Murdock palideció.

—Todo eso es más extraño. Deberías ir a la policía —dijo.

—¿Ir yo a la policía?

—Pues... ¡pues claro!

—Son capaces de cargarme ese crimen a mí, el único que no he cometido. No, amigo, no... Con la policía, no quiero nada. Esto lo resolveré con arreglo a mis propios métodos.

—¿Y... qué piensas hacer?

—Por lo pronto, dejarme llevar por las circunstancias. Lo que haré será ir a Cantón con el ataúd. Porque está facturado a China. Imagínate... Si quieren que vaya allí, iré. No tengo miedo. Supongo que en Cantón me esperará alguien o averiguaré algo. Y en cuanto eso ocurra...

Hizo crujir los nudillos siniestramente.

Charles Murdock se estremeció.

Sabía lo que Cutter, el hombrecillo, era capaz de hacer con sus manos, en apariencia insignificantes. Sabía que un cuello duraba entre ellas sólo unos pocos segundos, antes de romperse.

—De modo que te largas —susurró.

—Sí, muchacho. Voy a hacer turismo de altura.

Se encaminó a la puerta, dejando la documentación en manos de Charles.

—Todo es correcto —le dijo—. Quizá falsificado, pero correcto

en apariencia. Vosotros os encargaréis de todo, ¿no?

—De todo. Encontrarás el ataúd en las bodegas del avión.

—Lo que yo quiero encontrar es otra cosa —dijo Cutter.

Y salió.

Charles Murdock se estremeció. Porque le había comprendido.

CAPÍTULO XVI

El reloj que marcaba la cuenta atrás seguía marchando implacablemente. Ahora todas las piezas de aquella especie de jeroglífico encajaban en su sitio. Ahora Crossman podía limitarse a seguir el desarrollo de su plan.

El hombrecillo que había facturado el cuerpo de Clara Arrow vino a verle.

No hablaron demasiado tiempo, aunque se conocían bien. Precisamente, el hombrecillo había matado siempre por cuenta de Crossman. En esta ocasión, recibió una bonita suma de dinero; y se largó. Por supuesto que Clara Arrow, la chinita que quería llegar a estrella, no era su sobrina ni lo había sido nunca.

Crossman tomó entonces un avión de línea regular, y se dirigió a Washington. Una hora escasa de vuelo sobre los verdes campos, pasando por encima de Filadelfia y de Baltimore, bastó para depositarle en el National Airport de la capital federal. Desde allí, se dirigió a un pequeño despacho de la Cuarta Avenida. Un hombre que llevaba gafas negras y no se levantaba de su butaca, un hombre que parecía un jubilado ya bastante decrepito, le esperaba allí. Jamás el granuja de Miller había estado tan bien caracterizado como entonces.

El senador se sentó frente a él.

Dijo suavemente, como un joyero que habla de las excelencias de su mercancía:

—La operación se ha transformado ahora en un simple cálculo matemático. Todo depende de los horarios de los aviones, pero no habrá ningún defecto de sincronización. He calculado las rutas cuidadosamente.

—¿Las tres rutas?

—Sí —dijo el senador—. Kissinger ya ha salido. Con su sonrisa, con sus gafas, con su aspecto de buen cliente de los mejores

restaurantes del mundo, ya está en ruta hacia la Siberia rusa. Ninguna publicidad ha sido hecha del viaje, naturalmente. Contando con que Kissinger es un hombre muy meticuloso, y tiene su horario muy bien distribuido, pasará frente a las costas meridionales de China cuando Kid Barton esté en situación de interceptarle con su aparato. Ese aparato tiene que ser encontrado por nuestros cazas, poco después, pues no hay duda de que, desde el avión de Kissinger, pedirán ayuda por radio, al ser atacados. Será una prueba concluyente, puesto que a Barton no lo encontrarán jamás. Supondrán que el piloto chino se hundió en las profundidades del océano.

—¿Y si Barton no llega a apoderarse a tiempo del aparato?

—Toda operación tiene su riesgo, pero para eso hemos elegido al único hombre en el mundo que puede lograr una hazaña así. El comandante del aeropuerto recibirá el cadáver en la propia base. Oficialmente, su hija ha muerto de accidente cuando trabajaba como intérprete en las oficinas de la ONU. Kid Barton es un alto empleado de la funeraria autorizada para traslados de esa clase. Todo estará en regla... menos la muerta.

Miller asintió.

Estaba ya al corriente del plan.

Sabía que ése era, precisamente, el detalle que dejaría sin excusa a los chinos, cuando se produjera una auténtica conmoción internacional.

—Si la muerta fuese realmente la hija del comandante de la base —continuó Crossman—, podrían culpar a un norteamericano del crimen. Es decir, al empleado de la funeraria que transportó el cuerpo, al hombre que logró apoderarse de un avión en pocos minutos, como sin duda hará Barton. Pero el cuerpo que verán allí no será el de la intérprete de la ONU. Será el de una chinita que trabajaba en un «burlesque», y que se llamaba Clara Arrow.

Miller encendió un cigarrillo.

De pronto, ya no parecía un jubilado.

Sus ojillos malignos brillaban.

Con voz excitada, susurró:

—Pero Barton lleva ahora el auténtico cadáver de la hija del comandante chino.

—Sí. Y su avión hará escala en Perth, Australia. A la misma hora

está calculado que haga escala otro aparato de la Air France —una de las poquísimas compañías que tienen autorización para sobrevolar China—, en que irá el cuerpo de Clara Arrow, con su falso tío. Las autoridades sanitarias los bajarán para examen. He hecho que los ataúdes sean idénticos. Allí, un alto jefe, al que he sobornado, dará el cambiazó.

—Es decir, Barton se llevará el de Clara Arrow.

—Sí. Y aparecerá como un impostor. Cuando Kissinger haya muerto, aparentemente tiroteado por los chinos, éstos no sabrán qué decir. Los chinos, tan astutos quedarán con un palmo de narices. La historia de un hombre que no ha aparecido luego por ninguna parte, y que trajo a la base militar el cadáver de una desconocida, no se la creerá nadie. Tanto más cuanto la verdadera hija del comandante habrá llegado poco después, embalsamada y transportada por la Compañía Murdock, que también tiene autorización para esa clase de trabajos. La documentación estará en regla, porque haremos que aparezca sola la del avión de la Air France. La otra se perderá para siempre con Kid Barton. Oficialmente, éste no habrá volado jamás a Cantón. No existe. En cambio la intérprete de la ONU habrá sido transportada normalmente y sin problemas por un hombre al que hemos proporcionado una documentación en regla, auténticamente visada por la Embajada china. ¿Quién creerá el cuento de que un norteamericano robó un avión en la base?

Miller cabeceó.

Estaba satisfecho.

Pensó en el avión de Kissinger, que ya sobrevolaba los cielos. Pensó también en los otros dos aparatos, uno de la Air France y otro de Air Canadá, que se dirigían a Australia y luego a Cantón, por caminos tan distintos.

En el de Air France todo estaría en regla.

Llegaría a Cantón transportando el verdadero cadáver de la hija del comandante de la base.

En el de Air Canadá, todo desaparecería.

Hombres de Crossman robarían y destruirían las listas de pasajeros.

Las listas de embarque de las mercancías.

No se podría probar el viaje de un ataúd por cuenta de

Stakopoulos.

Éste lo negaría, si le interrogaban.

Jamás Pekín podría demostrar que el ataque al aparato del consejero especial Kissinger había sido obra de un asesino norteamericano.

Crossman suspiró:

—Y, total —dijo—, no ha costado tanto. Algo más de cuatro millones de dólares, de los que aún pienso recuperar una buena parte... Negocio redondo.

CAPÍTULO XVII

Fue el propio Crossman quien desplegó sobre la pared el enorme mapa en el que estaban cuidadosamente marcadas las horas de los distintos hemisferios, y la ruta de los aviones. Los puntos esenciales, como el Canal de Panamá, Perth y Cantón estaban señalados con un punto rojo. Unos pequeños aviones de plástico azul podían ser adheridos al mapa, indicando, de una forma gráfica, en cada momento, dónde estañan situados el avión de Air Canadá y el de Air France. Una tercera ruta y un avión fijo indicaban el punto en que debería ser interceptado el avión del consejero Kissinger.

La habitación, sumida en violentos contrastes de luz y sombra, parecía el centro de operaciones de un Estado mayor. Desde allí, Miller y Crossman podrían comprobar, podrían *ver* cómo se desarrollaban sus planes implacablemente.

Tenían los ojos fijos, como hipnotizados, en aquel mapa.

Sentían en sus espaldas algo así como el soplo del tiempo que pasaba. Cada minuto les acercaba más al éxito. Periódicamente, el teléfono sonaba, y sus informadores, situados en puntos de control, les indicaban el paso de los aviones.

Todo se desarrollaba según el horario previsto.

Los tres aparatos parecían sincronizados a un mismo reloj, que dirigiera sus destinos.

Habían transcurrido unas tres horas, cuando la puerta de la habitación se abrió. Chad Logan entró en ella.

También él quería estar en aquel centro de información, también quería seguir, paso a paso, la marcha de la aventura. Se sentó en silencio, y también miró como hipnotizado el mapa. Sabía que tendría que permanecer muchas horas allí, pero el tiempo no le importaba. Cuando el avión de Kissinger cayera, habría cambiado para ellos el destino de los Estados Unidos.

Crossman susurró:

—Kid Barton llegará a Cantón a la hora prevista. Su avión ya está sobrevolando el Pacífico.

Miller encendió un cigarrillo normal. A él, al mayor traficante de droga de los Estados Unidos, no se le hubiera ocurrido jamás, por ejemplo, fumar marihuana.

—El de Kissinger sigue la ruta y el horario previstos —murmuró—. Contando las escalas que debe realizar, llegará al punto de intercepción justo cuando está calculado.

—¿Qué estará pensando ahora Barton? —susurró Chad Logan—. ¿Lo tendrá todo preparado ya? ¿Habrà logrado dormir, o estará empezando a sentirse nervioso?

—Ése es un hombre que no tiene nervios —dijo suavemente Crossman—. No... Es imposible que falle.

—Cierto —dijo entonces una voz metálica, queda, tensa, en la puerta de la habitación—. Kid Barton no tiene nervios. No piensa fallar...

CAPÍTULO XVIII

Los tres hombres se volvieron entonces de golpe. Los tres llevaban armas, y las empuñaron maquinalmente, como si un mismo resorte hubiera movido los brazos. Con los ojos descajados, con las facciones tensas, miraron, incrédulos, hacia aquella puerta...; en la que se recortaba la figura del propio Kid Barton.

¡Kid Barton, el que debía estar volando rumbo a China comunista!

¡Kid Barton estaba allí!

Sus ojos quietos les miraban, impasibles, desde más allá de las sombras. Su boca estaba distendida en una sonrisa, entre suave y burlona. Sus manos descansaban en el aire, como si lo acariciasen, sin haber empuñado todavía ningún arma.

Eso equivalía a un suicidio, pues si bien Miller y Crossman no eran rápidos, Chad Logan era uno de los asesinos más peligrosos del mundo. Fue Chad Logan el que lanzó un grito de rabia, mientras volcaba la silla y se revolvía como una serpiente.

Había un guardián fuera, pero ya imaginó lo sucedido con él. Para Kid Barton debía haber sido un juego de niños eliminarlo en silencio. Ahora estaban los tres frente a él, los tres con la importante ventaja... ¡de haber empuñado las armas antes!

Miller balbució, asombrado:

—No puede ser...

Era el más aterrorizado de los tres.

Y era también el más peligroso, porque se disponía a disparar frenéticamente, sin pensar que en aquel reducido espacio podía matar a sus propios compañeros. Giró la derecha, mientras lanzaba un sordo grito de horror.

No pudo repetirlo.

No pudo tampoco moverse más.

La bala le penetró entre las dos cejas, haciéndole caer hacia atrás como un fardo.

Kid Barton había movido la derecha con una rapidez fulgurante.

Con la misma rapidez con que sus derechazos deshacían en el *ring a cualquier enemigo que tuviera enfrente*.

Crossman intentó lanzarse hacia la ventana, cubierta por espesas cortinas, pero fue cazado en el aire. Se revolvió, mientras tiraba una sola vez en el espasmo de la agonía, haciendo que la bala se empotrara en el enorme mapa de la pared.

Chad Logan no fue más afortunado. Había podido hacer fuego, pero Barton contaba con él. Barton se había pegado instantáneamente a la jamba de la puerta, mientras disparaba contra el senador. La bala le rozó. En cuestión de segundos, él hizo entonces fuego dos veces.

Chad Logan se tambaleó.

Uno de los reclutadores de asesinos más importantes del mundo giró sobre sus tacones. Volvió a disparar, barriendo las cortinas de la ventana. Intentó apoyarse en y mantenerse en pie. Giró su arma. Una nueva bala penetró en el hemitórax izquierdo, haciéndole tambalearse por última vez.

Kid Barton guardó lentamente la pistola.

Sus ojos estaban quietos. Sus facciones seguían siendo inmutables.

Fue hacia el teléfono, y marcó el número del servicio de seguridad en la Casa Blanca. No era un número usual, pero él lo conocía. Dijo sólo unas palabras, y se dirigió hacia la puerta.

Allí le esperaba una mujer.

Yolanda temblaba.

Yolanda tenía los ojos turbios, y en ellos parecía palpar un brillo remoto de lágrimas.

—¿Has vengado a mi padre? —musitó.

—Sí. Clarkson está vengado. El hombre que lo mató murió hace tiempo. Los que ordenaron su muerte acaban de reventar ahora.

Yolanda hundió la cabeza sobre el pecho. Sus pasos eran ahora muy débiles, como si le faltaran las fuerzas. Con voz espesa, susurró:

—Nadie sabía que Clarkson era mi padre. Como yo no era hija legítima suya, y como su esposa jamás me hubiera admitido en el

hogar, me proporcionó una casa independiente, pero nunca me faltó su cariño. Nunca me faltó su apoyo, y creo que en sus últimos años fui la persona a la que más quiso en el mundo.

—Tú también le querías —dijo Kid sordamente—. Quizá demasiado.

—¿Te refieres a que me introduje en la banda de Miller para dar pistas a mi padre? ¿Para qué así se apuntara el éxito mayor de su carrera?

—Sí, Yolanda, me refiero a eso. Lo hiciste con toda la abnegación del mundo, e incluso para mejor engañar a los sicarios de Miller no te importó pasar por una golfa que estaba unida desde la adolescencia a un hombre casado, mucho mayor que ella. Pero eso tenía un peligro, muchacha. No te diste cuenta de que obtenías confidencias, pero también las hacías tú. De ese modo, les fue muy fácil conocer a Clarkson. De ese modo resultó casi elemental para ellos preparar su muerte. Crossman, que también tenía las mismas fuentes de información, lo dispuso todo.

Las lágrimas brillaban ahora en el fondo de los ojos de Yolanda. No trataba de disimularlo. Con voz que era apenas un susurro, musitó:

—Por eso, porque yo había sido culpable, sin querer, decidí arriesgarlo todo para vengarle. No hubiera servido de nada denunciar el paradero de Miller, porque Crossman lo hubiese hecho desaparecer. Tampoco habría servido una denuncia en regla contra Crossman, porque éste hubiera obtenido fácilmente un veredicto de inculpabilidad, por falta de pruebas. Hacía falta la acción directa, y por eso te introduje a ti en esta maldita aventura. Pero ¿sabes lo que me ha sido más difícil Kid?

—¿Qué?

—Fingir que era una golfa. Fingir que vivía contigo maritalmente en Miami Beach, sin habernos dado ni un beso.

Una lejana sonrisa flotó en los labios de Kid Barton. Una expresión que era más humana, más suave, se dibujó en su cara.

—Tenemos toda la vida por delante —dijo con voz tenue—. Te juro que, en cuanto lleguen los del departamento de seguridad, y haya dado las explicaciones que necesitan, me voy enseguida a sacar dos licencias...

Yolanda sonrió.

Hacía mucho que no sonreía.

Hacía mucho que no palpitaba en sus ojos aquella lucecita de ilusión, aquel ansia de vivir.

Nadie se acordaba ya de los tres aviones que volaban hacia su destino...

CAPÍTULO XIX

Horas más tarde, mientras el consejero presidencial Kissinger hojeaba unos informes a bordo del avión, que sobrevolaba el mar de la China, uno de los oficiales de protección llegó hasta él, con expresión alarmada. Estaba tan mortalmente pálido, que el consejero presidencial notó que algo muy grave iba a ocurrir. Lo primero que pensó fue que el avión tenía una avería, y que iban a hundirse todos. Pero el vuelo parecía tan normal, que susurró:

—¿Una noticia por radio? ¿Qué pasa?

—Sí... Una noticia por radio. Acaba de ser descubierto, en Washington, un complot para asesinarle a usted, derribando este avión, de forma que el suceso tenga enormes repercusiones internacionales. El hombre que ha deshecho ese complot, Kid Barton, acaba de informar ampliamente a los agentes de seguridad de la Casa Blanca. Pero aún no me fío. La aparición de un caza comunista chino, puede significar la muerte. Yo crea que...

Y de pronto, su palidez se acentuó hasta extremos increíbles.

Ni un muerto hubiera quedado tan blanco.

Sus manos temblaban.

Pese a toda su serenidad, le costó mantenerse en pie, mientras señalaba hacia una de las ventanillas.

—¡Un reactor chino! —barbotó—. ¡Viene de la costa! ¡Nos va a atacar!

En efecto, un «Mig 21» venía hacia ellos.

Desharía, en un instante, el gran avión de pasajeros con sus cohetes
aire-aire.

¿Qué había ocurrido? ¿Quizá Barton no había descubierto todo el plan? ¿Quizá, de todos modos, Kissinger tenía que morir?

Ése fue un misterio que, de momento, nadie aclaró.

Nadie supo, hasta más tarde, que el que había logrado robar un

avión militar en Cantón, pero no para matar a nadie, sino para huir, había sido el «tío» de Clara Arrow.

Y las razones eran muy sencillas.

Al no haber embarcado Kid Barton, ni tampoco el cadáver de la hija del comandante chino, tampoco había podido producirse el cambiaso en Australia. El granuja no había tenido más remedio que llegar a Cantón con un cadáver falso.

¿Y qué explicación se les daba, entonces, a los chinos?

¿Qué se les decía?

¿Qué buscaran la respuesta en el Libro Rojo de Mao? Por eso había hecho algo que jamás soñó hacer. Había logrado apoderarse, guiado por la desesperación, de un aparato, sobre cuyo manejo sólo tenía nociones muy rudimentarias. Había logrado llegar sobre la costa. Había realizado un pequeño milagro, tratando de ponerse a salvo, pero aquel milagro ya no podía durar más tiempo.

El propio Kissinger dijo, con voz tranquila:

—Pues parece que sus compañeros le persiguen...

En efecto, otros «Mig», manejados con destreza infinitamente mayor, ya estaban sobre el fugitivo. Para los expertos pilotos fue un juego de niños abatirle con dos cohetes
aire-aire.

El avión se desintegró en el aire, y cayó al mar de la China, convertido en finas pavesas metálicas.

Inmediatamente, se recibió otra llamada por radio. El oficial que había traído el primer mensaje, trajo este segundo también.

—Son... son los chinos —dijo.

Kissinger le miró tranquilamente.

—¿Y qué dicen? ¿Nos obligan a descender?

—No. Solamente nos desean buen viaje...

El consejero presidencial, sin sospechar ni remotamente lo que había estado a punto de ocurrir, musitó con un suave bostezo:

—¡Vaya! ¡Al menos, son amables...! Deles las gracias. Y agradézcales también el servicio prestado, porque supongo que aquel avión venía contra nosotros. O eso o lo manejaba un loco... Aunque esta vez, al menos, tendré algo que contar. ¡Mis viajes son tan aburridos, en el fondo...! ¡En ellos, nunca pasa nada...!

FIN

LAS MEJORES OBRAS DE:

**«SUSPENSE», ESPIONAJE
Y POLICIACAS**

ESCRITAS POR LOS MEJORES
AUTORES DEL GENERO



COLECCION
**PUNTO
ROJO**



COLECCION
**SERVICIO
SECRETO**



COLECCION
LA HUELLA



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

MORA LA NUEVA, 2 - BARCELONA (España)

PRECIO EN ESPAÑA: 15 PTAS.

Impreso en España

NOTAS

[1] Una de las enmiendas a la Constitución más conocidas, como el lector sabe. Pese a que se consideró en su tiempo que la Constitución, de los Estados Unidos, dictada en el siglo XVIII, era muy completa, las circunstancias del país han aconsejado ir la perfeccionando, y las mejoras que se introducen en ella se llaman «Enmiendas». La Quinta prohíbe que un ciudadano pueda ser obligado a declarar contra sí mismo, de modo que aunque las pruebas resulten abrumadoras no se le puede forzar a una confesión. Esta enmienda ha despertado siempre grandes polémicas, pues se supone que favorece a los delincuentes, aunque es cierto que también frena muchos posibles abusos de la policía. (N. del A.).

< <